



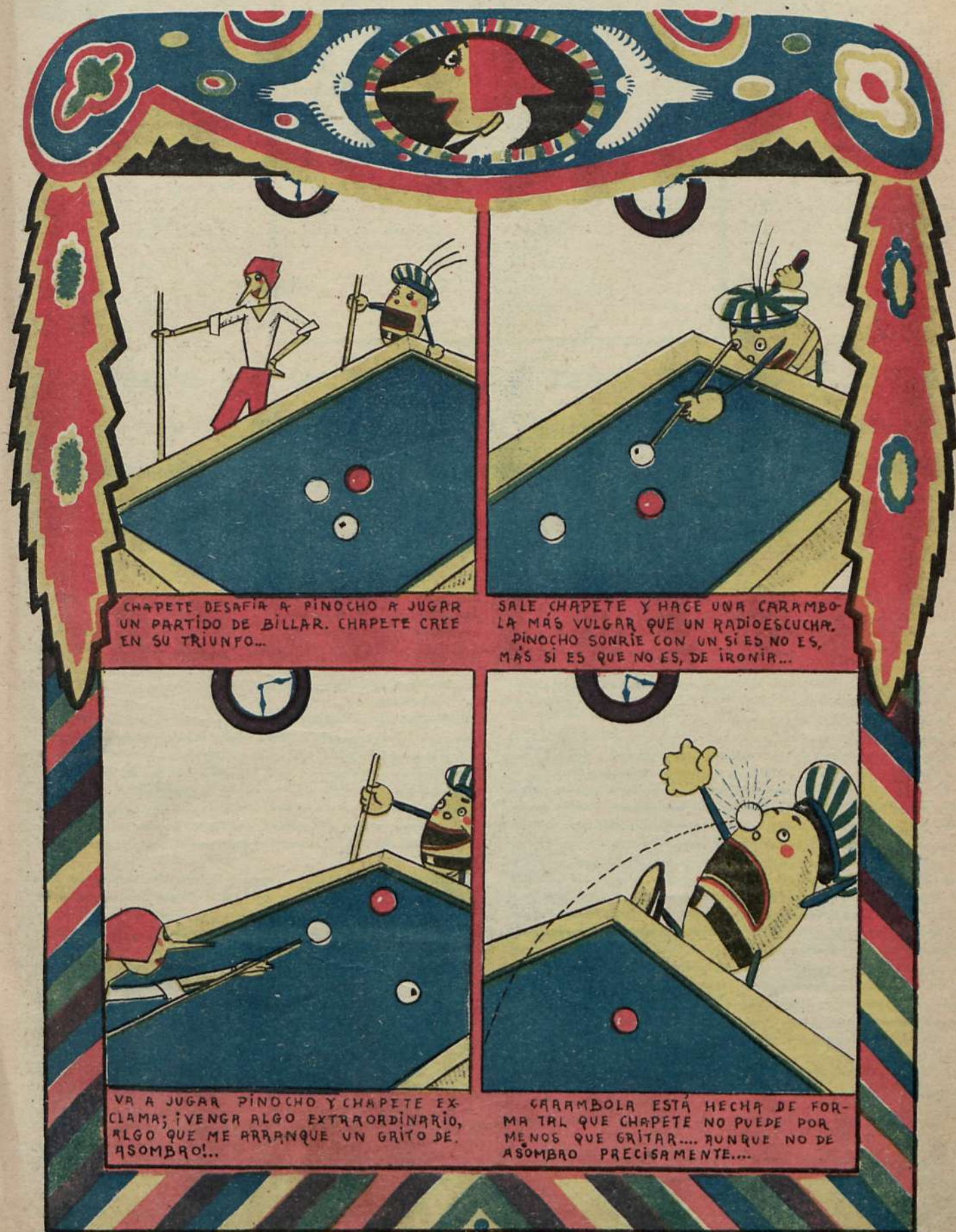
BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.

AÑO I.—NÚMERO 34
11 Octubre 1925



CHAPETE DESAFÍA A PINOCHO A JUGAR UN PARTIDO DE BILLAR. CHAPETE CREE EN SU TRIUNFO...

SALE CHAPETE Y HACE UNA CARAMBOLA MÁS VULGAR QUE UN RADIOESCUCHA. PINOCHO SONRÍE CON UN SÍ ES NO ES, MÁS SÍ ES QUE NO ES, DE IRONÍA...

VA A JUGAR PINOCHO Y CHAPETE EXCLAMA: ¡VENGA ALGO EXTRAORDINARIO, ALGO QUE ME ARRANQUE UN GRITO DE ASOMBRO!...

CARAMBOLA ESTÁ HECHA DE FORMA TAL QUE CHAPETE NO PUEDE POR MENOS QUE GRITAR... AUNQUE NO DE ASOMBRO PRECISAMENTE...

CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURiosIDADES

LA MÚSICA Y LOS ANIMALES

De entre todos los animales irracionales conocidos, seguramente es la araña uno de los que más gustan de la música. Hasta el punto de que se cuenta que en una ciudad del estado de Missouri (Estados Unidos), cuando estaba un célebre violinista dando un concierto, empezaron a salir de todos los rincones de la sala numerosas arañas atraídas por los sonidos del instrumento.

Inútil es decir que el susto de los espectadores fué mayúsculo.

También relataba un afamado compositor que en cuanto se sentaba ante el piano se descolgaba una araña por su hilo desde el techo de la habitación, y se quedaba suspendida sobre el instrumento, no volviendo a ascender mientras sonaba éste.

Acerca del efecto que la música produce en diversos animales se han hecho curiosos experimentos con los siguientes resultados: Los monos aborrecen el violín, pero les gusta la flauta, sobre todo al orangután, que cruza beatíficamente las manos y se extasia mientras tocan un aire dulce; cuando cesa la música muestra su disgusto con fuertes gritos. El rinoceronte, a la primera nota que oye, sea del instrumento que sea, se enfurece; los leones huyen al fondo de su jaula, pero ante el suave sonido de la gaita se acercan, entre asustados y complacidos; las serpientes indias, al oír el sonido de la flauta, levantan la cabeza y siguen con ella el compás de la música; los tigres no gustan de la música vibrante, pero oyendo melodías lentas y dulces bostezan, arquean el lomo, se estiran como los gatos y se frotan complacidos contra los hierros de la jaula; los hipopótamos no dan muestras de enterarse de ningún sonido, por estridente que sea; nada les saca de su somnolencia. El elefante se impacienta al oír tocar cualquier instrumento, pisotea con furia y mueve la trompa con ademán poco tranquilizador; los pelicanos y la mayoría de las aves acuáticas bostezan; los lobos mejicanos, o coyotes, se sientan en semicírculo y escuchan con gran atención; los buitres y las águilas demuestran agrado, pero concluyen por dormirse; y, por último, los ratones son muy aficionados a la música, hasta el punto de que si oyen cantar a algún canario le imitan con bastante habilidad.

PLANTAS INSECTÍVORAS

Aunque a muchos lectores les parezca increíble, hay en el reino vegetal plantas que se alimentan de animales, que se los comen, como vulgarmente se dice.

Seguramente os extrañaréis ante esta afirmación. Todos conocemos los animales herbívoros, cuya misión parece ser la de limpiar el suelo de los innumerables vegetales que nacen a diario. ¿Pero plantas insectívoras? —diréis—. ¿Plantas que devoren a cuantos insectos se pongan a su alcance? ¡Parece increíble!

Sin embargo, existen, aunque son muy pocas, pues no pasan de veinte. Os voy a explicar cómo son y cómo viven algunas:

Se alimentan de pequeños insectos, y cada una de ellas tiene su procedimiento especial para cazar a sus víctimas. El más sencillo es el practicado por la especie llamada vulgarmente *cardenal*.

Las hojas de esta planta tienen forma de cucurucho, como los lirios, y allí retienen el agua de las lluvias.

Cuando algún pequeño animalejo, impulsado por la sed, penetra en su interior, el cucurucho se cierra por su parte de arriba, dejando encerrado al pobre incauto, que no tarda en ahogarse. Luego, la planta le absorbe y le digiere.

Otra de ellas es la denominada *drosera*. Esta planta tiene una flor de colores muy vivos, que llaman la atención de algunos insectos y les inducen a detenerse sobre ella. Pero no han hecho más que posarse para contemplar su belleza, cuando se cierra rápidamente, como el *cardenal*, aprisionando a su admirador. Es como una trampa de resorte, pues esta flor tiene en su centro un punto sensible, que al ser tocado provoca el cierre.

La vulgarmente llamada *papamoscas*, *hierba de la gota* u *hoja del sol* es otra de las plantas insectívoras. Sus hojas son alargadas y están cubiertas de unos pelos finísimos que segregan un líquido pegajoso, muy brillante a la luz del sol.

Atraídos por el brillo, los animalitos se detienen sobre ella y quedan enganchados entre esos pelos. Cuanto más se esfuerzan en huir, más se pegan, y mueren allí aprisionados. Entonces la planta va poco a poco diluyéndolos y asimilándose las substancias grasosas de su cuerpo, hasta que se los engulle por completo.

Otra de estas plantas, cuyo nombre vulgar no recuerdo, se denomina científicamente *utricula vulgaris*. Es acuática. Se encuentra en los estanques y arroyuelos, y, como la mayor parte de las plantas de su especie, no está fija, sino que flota, y pasa el verano en la superficie y el invierno debajo del agua.

La parte inferior de su tallo, como si dijéramos la raíz, es un pequeño cono, rodeado de largos y finísimos pelos de una gran sensibilidad.

Cuando algún animalito se le acerca y toca ligeramente uno de sus pelos, este cono produce como un disparo, dando salida a una especie de gas acumulado dentro. Al salir este fluido se produce el vacío en el interior del cono, y éste absorbe el agua y el animalito, y tras ellos el gran penacho de pelos, que cierran la retirada. El bichejo queda prisionero y es ingerido por la planta.

La *utricula* pasa así cazando el verano, y en el invierno, antes de sumergirse, suelta unos globulillos blancos, parecidos a granos de arroz, que quedan flotando. Al cabo de algún tiempo, estos granos se hinchan notablemente y de ellos nacen nuevas *utriculas*.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

—¡Diablo!, uno de los que hablan es mi señor —balbuceó— y el otro... ¡Oh, juraría oír el acento ronco de maestre Davis! ¿Sería posible?... ¡Si pudiese escuchar lo que dicen!...

Miró a su alrededor, y viéndose solo acercó un oído a la casi imperceptible rendija y prestó atención. En aquel momento estaba hablando el marqués de Halifax.

—¿Estás seguro de haber visto brillar la señal de fuego? —preguntaba.

—Como os estoy viendo —contestó maestre Davis.

—¿Entonces nuestros refuerzos estarán aquí dentro de poco?

—Dentro de una hora o dos, según lo convenido.

—Rodearán el castillo, y...

—Caerá en nuestras manos con todos sus habitantes. Ahí está la jovencita Clairmont, que vale un tesoro...; sois buen conocedor, lo he notado.

—Calla, no pienso sino en apoderarme de Mary de Wentwort.

—La tendréis.

—Así lo espero... Y a propósito de los habitantes del castillo, me ha llamado la atención un algonquino cuya vista me ha causado una impresión singular. Sus ojos me recuerdan de un modo increíble los de mi secretario...

—¡Bah, no creo que se trate de él!... Antes me figuro que si sus enemigos no le han hecho mal, se ha muerto de miedo.

Apenas maestre Davis acababa de pronunciar estas palabras, cuando la puerta se abrió lentamente, y un indio se asomó, reclamando silencio con el índice de la mano diestra en los labios. Ambos interlocutores sofocaron una exclamación de sorpresa.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? —dijo el marqués de Halifax, receloso.

—¿Vuestro Honor no me reconoce bajo esta máscara?

—¡Oxford!... ¿De modo que estáis aquí?

—¡Por caridad, señor marqués! ¿Estamos solos?

—Ya lo estás viendo... ¿Pero cómo...?

—Ya habrá tiempo de explicarlo. Básteos saber por ahora que siempre os he sido fiel.

—¿Debo creerte?

—¡Oh, vuestro honor...!

—No temáis, señor marqués, sin duda dice verdad —apuntó maliciosamente maestre Davis—. Sin duda ha escuchado nuestro diálogo, y sabiendo que estamos a punto de apoderarnos del castillo ha pensado en volver a seros fiel.

El secretario lanzó a Davis una ojeada venenosa que confirmaba el acierto del mestizo, y prosiguió:

—Señor marqués, no os preocupéis de las causas de mi afecto y admitidlo de cualquier modo. Yo no he nacido hombre de guerra, y, por lo tanto, confieso que estoy obligado a ponerme de parte del más fuerte. Por otra parte, odio a Sir William Mac-Leilan porque me ha despreciado y sospecha de mí.

—Por consiguiente, ¿es cierto que se encuentra aquí mi rival?

—Aquí está

—¿Escondido?

No; disfrazado de piel roja.

—¡Ah, bien!... ¿Y Mary de Wentwort está asimismo en el castillo?

—Sí, escondida.

—¿Qué os dije yo? —intervino Davis, frotándose las manos.

—¿Y los otros? —preguntó de nuevo lord Halifax.

—Cabeza de Piedra se halla lejos, en busca de Riberac.

—¿Que nos han abandonado, pasándose al enemigo, verdad?

—Justamente, con Jor, el canadiense.

—Sigue.

—Petifoque y los dos hessianos, Ulric y Wolf, están aquí, disfrazados como yo.

—Perfeitamente... ¿Y no sabes nada de las cartas que Cabeza de Piedra tenía que llevar al fuerte de Ticonderoga?

En lugar de responder, el bandido metióse una mano en el pecho y volvió a sacarla con dos pliegos provistos de sellos verdes. Eran las cartas que Cabeza de Piedra había extraviado.

—¡Ah, por fin! —murmuró el marqués arrebatándose las—. ¿Cómo te has valido...?

—La casualidad lo hizo; en rigor, yo era sincero al ponerme de parte de vuestros enemigos al verme abandonado de vuestro honor. Pero un día Cabeza de Piedra, al hacer un brusco movimiento, dejó caer las dos preciosas cartas, de las cuales me apoderé, espe-

rando que me pudieran ser útiles. Los acontecimientos que después se sucedieron fueron tales y tan vertiginosa su sucesión, que el maestre olvidóse de los pliegos, hasta que al llegar Sir William volvióse a acordar de ellos, demasiado tarde ya.

—¡Pero todavía no he llegado yo tarde para castigarte, traidor! —tronó en aquel momento una voz llena de cólera—. Justo es que recibas el precio de tu infamia.

Un disparo retumbó, seguido de un grito desgarrador y de la caída de un cuerpo al suelo. El marqués de Halifax y maestre Davis volviéronse rápidos, palideciendo y lanzando un verdadero rugido.

Sir William Mac-Leilan, vestido de algonquino, pero con la cabeza descubierta y el rostro alterado por el furor espantoso, pero fácil de reconocer, se erguía en el umbral de una puertecilla abierta de improviso, y empuñaba aún en la mano derecha la pistola con que había destrozado el pecho del vil Oxford.

Hubo un instante de silencio, de inmovilidad, de expectación. Halifax y Davis echaron mano a la espada y montaron las pistolas que llevaban ocultas bajo el uniforme. El malaventurado secretario se revolcaba en el suelo en su propia sangre, con penosísimo estertor. En sus facciones se retrataba la muerte.

Después oyéronse gritos, pasos apresurados, preguntas y órdenes transmitidas en inglés, francés o indio, y no tardaron mucho en aparecer corriendo el barón de Clairmont, sus dos hijos, el abate Rivoire, Petifoque, Wolf, criados algonquinos, todos armados, por una parte; y de otra, oficiales y soldados ingleses, con las espadas desnudas y los fusiles preparados.

En breve hallóse la estancia invadida por aquellas personas, que se contemplaban amenazadora y resueltamente.

¿Quién osa turbar la quietud de mi castillo? —tronó la voz sonora y majestuosa del señor de Clairmont—. ¿Acaso vos, marqués de Halifax?

—¿Con qué derecho me acusáis primero? —repuso el lord con altivez—. Es a vuestros amigos a quienes debéis dirigir vuestros reproches, señor. A los conspiradores contra Inglaterra, aliados de la revolución americana, traidores de la patria, a los cuales recibís, haciéndolos cómplice suyo...

—¡Caballero!...

—Sí, no me desdigo. Los que turban la tranquilidad de este asilo... honrado, son los asesinos, los cobardes que se esconden bajo ridículos disfraces, no atreviéndose...

—¡Ah, basta, miserable embustero! —rugió furioso Sir William—. Bien sabes que el capitán de los corsarios de las Bermudas siempre ha estado pronto a afrontar a sus adversarios con la cara descubierta. ¡Una espada, al momento, que quiero ver otra vez la sangre de ese hombre, para que apreciéis cuál se diferencia de la mía! Y haré pedazos después la hoja manchada con ella, para que no pueda envenenar a nadie.

—¡Bah, palabras, hermano bastardo...! —replicó sarcásticamente el marqués de Halifax—. Todo eso no quita al hecho de haber creído prudente ocultaros a nuestra llegada.

—Fui yo quien lo quise —intervino el barón de Clairmont en noble tono—. Vuestras palabras, señor marqués, son injustas; y, os plazca o no, indignas de un caballero y de un soldado leal.

—¡Ah! ¿Lo creéis así? —prorrumpió el lord con ira reconcentrada—. ¿Arrojáis vos también la máscara para formar con los enemigos de Inglaterra?

—¿Y cuándo fuimos nosotros, los franceses del Canadá, amigos de los ingleses? —replicó Enrique.

—¡Muy bien, muy bien! Nos encontramos, por lo tanto, en una guarida de revolucionarios, rebeldes a Su Majestad Británica —prosiguió Halifax—. ¡Animo, pues! En nombre del rey Jorge, nuestro soberano y señor, os impongo la rendición y la entrega en mis manos del castillo, bajo pena de ser todos, hombres y mujeres, europeos e indios, pasados por las armas.

—A mi vez, milord —respondió con calma el barón de Clairmont—, os diré que os concedo cinco minutos para abandonar mi casa, si no queréis que se convierta en vuestra tumba.

—¡Temerario!... ¡Considerad!...

—Vuestras amenazas no me arredran.

—Dentro de unos instantes vuestro castillo estará rodeado por las tropas inglesas y puesto a hierro y fuego.

—Empresa de piratas.
—Los rebeldes han de ser tratados como tales.
—Nos defenderemos.
—Pensad en vuestras mujeres.
—No se espantan del fuego de los mosquetes y arcabuces. ¡Salid, marqués de Halifax!
—¡Rendíos, barón de Clairmont!
—Dos minutos aún, y os haré arrojar desde lo alto de la roca.
—A las armas, pues.
—No tendréis que aguardar mucho para ver cómo se baten los franceses.

—¡Bah, no mejor que los ingleses!
—Os probaremos lo contrario.
—¡A nosotros..., por Inglaterra!
—¡A nosotros..., por Francia y América!
Había una firme decisión en estas últimas palabras del anciano caballero, casi un furibundo entusiasmo, un extraño anhelo de batalla y de venganza. Iba a entablarse la desesperada lucha, cuando Sir William se adelantó, gritando:

—¡Deteneos!... Yo he lanzado un reto al marqués de Halifax, y quiero creer que no se negará a recogerlo, a menos que no prefiera ganar otro título de infamia... con una prueba de cobardía.

El insulto no podía ser más sangriento; el lord se sintió como sacudido físicamente, y dejó escapar un juramento de cólera.

—¡Ah, por vida de Satanás! —exclamó saltando hacia adelante y poniéndose en guardia—. ¡Os mataré, señor corsario, lo juro!

—No adelantéis demasiado vuestros presagios —replicó Sir William, adoptando a su vez una excelente guardia con la espada que el joven Carlos de Clairmont había puesto ligero en sus manos a su ansioso requerimiento—. No tenéis derecho aún a creeros capaz de mandarme al tenebroso reino de los muertos.

—Os odio...
—¿Pensáis quizás que yo os amo, señor hermano?...
—¡Basta de charla! Abridnos sitio y despachemos.
—Dispuesto estoy.

Nadie había osado oponerse al duelo de aquellos dos hombres de la misma sangre, que alimentaban en sus pechos un odio recíproco y mortal, aplacable sólo con la muerte de uno de ellos. Unos y otros arrimáronse a las paredes para dejar el mayor espacio posible a los duelistas, y el singular encuentro comenzó.

CAPÍTULO XXI

LA BATALLA EN EL CASTILLO

Mientras tanto, el abate Rivoire había acorrido junto al desgraciado Oxford, que continuaba retorciéndose en el suelo, gimiendo entre espasmos de agonía, e inclinado sobre él lo observaba meneando la cabeza.

—¡Cuánto sufro!... —balbuceaba el secretario tratando de incorporarse en los brazos del ministro de Dios—. ¡Favor, por piedad, me muero!

—Encomendáos a Dios, infeliz —repuso Riberae.
—¡Se acabó, lo presiento... —continuó el moribundo—, y lo tengo bien merecido!... ¡Que Dios tenga misericordia de mí!

—La tendrá, no temáis.
—Perdono a Sir William, a quien ruego me perdone. ¡Pero al otro..., mi señor, por quien muero..., oh, él, que no ha tenido para mí ni una mirada... ni una palabra de afecto, de dolor... oh, le maldigo!...

—No blasfeméis, hijo mío.
Calló el moribundo, por conformidad o porque le faltasen las fuerzas. Un trabajoso ronquido salía de su garganta, anunciando su muerte próxima. El sacerdote arrodillóse y recitó las preces de los moribundos.

En el centro de la estancia, a la luz de las antorchas que los servidores del barón sostenían en sus manos, lord Halifax y el corsario de *La Tonante* habían cruzado los aceros, dirigiéndose furiosas miradas, cargadas de odio. Chocaron las armas en un silencio alterado tan sólo por el sonido metálico de las hojas al encontrarse y por el rechinar de los dientes apretados. El asalto era impetuoso por ambas partes.

Halifax había ganado en habilidad después del último encuentro con su hermano, lo que indicaba que, en su esperanza de volver al fiero barón su famosa estocada, se había perfeccionado en un largo y constante ejercicio con expertos esgrimidores. Pero Sir William seguía siendo una espada de primera fuerza, y su adversario tuvo que reconocerlo pronto; esto le puso aún más furioso, haciéndole perder mucha calma y mesura que en el arte de la esgrima son elementos preciosísimos. Varias veces trató de tenderse a fondo y atravesar al corsario de parte a parte, pero fué un juego inútil y perjudicial.

—Acabaréis evitándome trabajo y clavándoos vos mismo en mi espada —dijo Sir William, al mismo tiempo que con una estúpida parada volvió por dos veces a cuarta la hoja del adversario, que se encontraba en tercia.

—No os inquietéis, Sir —repuso Halifax, retrocediendo un paso—. No he renunciado a la idea de mataros.

—Pues no podréis lograrlo, sino mandando que me asesinen.
—No soy un pirata, un despojador del mar.

—¿Lo decís por mí?

—¿Y por quién, si no? —replicó Halifax, volviendo a tercia.

—¡Qué bestia sois, milord! confundís por supina ignorancia los corsarios, soldados leales, con los piratas, que son vulgares bandidos del mar! ¿Acaso no conocéis la historia, al menos la contemporánea?

—¡Ah, basta...! Terminemos de una vez.

—No espero otra cosa que la ocasión —repuso el corsario, ejecutando una magnífica finta.

Halifax paró a tiempo el golpe; después, creyendo al adversario descubierto, tiróse a fondo recto y rápido como el rayo. El barón paró a su vez aquella ceñidísima estocada en cuarta y marchó sobre el agresor. El duelo era cada vez más impresionante por el ímpetu, la habilidad y el mortal furor que en los contendientes se notaba.

Halifax estaba con fogosa energía; pero los continuos y acelerados movimientos de su cuerpo, estirándose unas veces y encogiéndose otras como un ovillo, desviaban la línea de su espada, dando una ventaja considerable a Mac-Lellan, cuya hoja impasible, relampagueante, terrible, ya rígida como una barra, ya flexible como un junco, se hallaba de continuo dominando al contrario acero, que se veía limitado a tender finta tras finta.

Varias veces descubrióse el lord, ofreciendo desnudo blanco; pero fuese por una extraña repugnancia o porque le complaciese jugar con el marqués, como un gato con el ratón aprisionado, el corsario no aprovechó ninguno de estos descuidos, con gran sorpresa de los circunstantes.

De improviso Halifax intentó burlar el hierro de su enemigo; éste, con una parada soberbia, supo encontrar a un tiempo la insidiosa hoja, que resbaló estridente contra la suya, sin herirlo, rompió en seguida, y con fantástica velocidad tendióse a fondo repetidamente.

Todos, al ver al marqués parar desatinada y torpemente aquella lluvia de acero, lo creían a cabo de su resistencia, vencido ya, cuando el marqués pareció arrepentirse, y envolviendo llanamente el acero, detuvo el ya vacilante ímpetu del desconcertado marqués, liando su espada y haciéndola saltar a algunos pasos, al mismo tiempo que gritó:

—¡Etais desarmado y en mi poder, señor hermano...!

El marqués de Halifax rugió furioso, retrocediendo un tanto; después, olvidando todo deber de un caballero honrado y leal, gritó:

—Ya que no pude vencerte con mi espada..., muere a manos de mis soldados. ¡A mí, hijos de Inglaterra...! fuego sobre ese hombre: es un traidor, enemigo de la Patria y del Rey!

Los ingleses temblaron de coraje al contemplar a su jefe sirviendo de juguete tan a las claras, lanzaron furiosos gritos y apretaron sus armas, prontos al asalto.

—¡Ah, no, por el Cielo...! —exclamó Sir William al ver la traza de Halifax—. Vos no sois de mi raza; la sangre de quien nos engendró hermanos se envenenó en vuestras venas. ¡Maldito seas, por la vergüenza de que cubris el nombre que lleváis, y al que me une un lazo natural! Enemigo mío, os hubiese tolerado, y acaso estimado. Pero, ¡ay de mí, que os veo ahora en vuestro propio ser. ¡Sois un vill...!

—¡Sí, maldito..., maldito!... —se oyó como un eco una voz débil, como de ultratumba.

Volviéronse todos hacia el lado de donde procedía la voz, y vieron a Oxford entre los brazos del abate Rivoire, pintada en su semblante la marca de la muerte. El marqués de Halifax tornóse horriblemente pálido; aquella maldición de quien moría por haberlo servido, llegaba derecha a su conciencia, despertando en su triste espíritu el remordimiento, el terror de lo desconocido, como un presentimiento angustioso. Pasóse por la frente la derecha mano, como por espantar las sombras en ella aglomeradas, y rompió acto continuo en una risa forzada y penetrante.

—¡Señores, mister Oxford ha muerto! —dijo en aquel momento el sacerdote incorporándose—. Ha muerto pidiendo perdón a aquellos a quienes intentó causar daño.

—Le perdono —repuso con voz clara Sir William Mac-Lellan.

—Yo hago por él algo mejor —gritó lord Halifax—. ¡Le vengó!...

Y tomando de su cinto una pistola apuntó al barón e hizo fuego. La mano le temblaba, y el proyectil, a pesar de la poca distancia, pasó un palmo más arriba de la cabeza del corsario, yendo a destrozarse un espejo colgado en la pared de enfrente.

Este inesperado ataque, rapidísimo, fué la señal del combate. En pocos minutos el castillo, convertido en campo de batalla, no oyó más que tiros, gritos salvajes, voces de amenaza, blasfemias, imprecaciones, intimaciones, gemidos de los que caían, chillidos de las espantadas mujeres. Los ingleses estaban bien armados, pero eran inferiores en número; a más, tenían que habérselas con hombres que parecían nacidos con las armas en la mano y en el cuerpo el fuego de las batallas.

El corsario, el barón de Clairmont con sus dos hijos, Petifoque, Ulric, Wolf y el algonquino, se batían como leones, cazando a los ingleses con sin igual precisión de tiro, y machacándolos con las culatas de los fusiles y con las espadas. Los ingleses, por su parte, se defendían como soldados valientes y habituados a la guerra; comprendiendo que sólo con permanecer unidos podrían oponer una resistencia eficaz a los defensores del castillo y mantener la situación hasta la llegada de los refuerzos que esperaban, atrinchéronse cerca de la entrada del edificio, formando una barricada con cuantos muebles hallaron a mano.

Maestre Davis se había erigido en guardián de la puerta, para abrirla cuando fuera menester. Sir William y el barón se dieron cuenta de la maniobra y del peligro que para la seguridad del castillo representaba; pero ya era demasiado tarde, y por tal causa su esfuerzo dirigiase principalmente a expulsar de allí a los ingleses.

Afortunadamente, ninguno entre los suyos estaba herido, excepto Wolf, a quien un proyectil había tocado en el hombro izquierdo, si bien bastó una ligerísima cura para que volviera a combatir sonriente al lado de sus amigos.

Por el contrario, los mosquetes y las pistolas de la tropa inglesa habían hecho muchos estragos entre los criados indios del barón, los cuales, como ya sabemos, eran numerosos y casi todos algonquinos, devotos hasta el sacrificio por la familia Clairmont, y sobre todo por la baronesa, que en sus venas llevaba la sangre ardiente y generosa de sus caudillos.

(Continuará en el número próximo.)

PINOCHO DEPORTISTA

La visita del «Club Deportivo Español» de Barcelona.

Hemos recibido la visita del primer equipo del «Club Deportivo Español» de la ciudad condal.

En sus filas figuraba el internacional por excelencia, el mejor guardameta del mundo, como aseguraban los diarios parisinos durante la última Olimpiada: Ricardo Zamora.

¿Vamos a «descubrir» en estas líneas a Zamora? No, porque esto sería demasiado ridículo; pero si vamos, amiguitos pinochistas, a ponerle como ejemplo de guardametas.

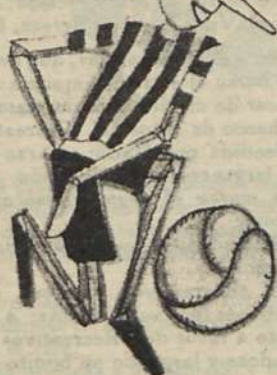
El balón parece que siempre va en busca de las manos del gran Ricardo, dicen los aficionados, y es que Zamora tiene tal conocimiento del juego, que sabe por dónde ha de venir el ataque y se coloca para evitarlo de forma insuperable. Zamora resiste toda clase de cargas, y es que Zamora hace gimnasia y atiende a su cultura física. Zamora tiene genialidades, a veces hasta bufas; pero todas las notabilidades tienen derecho a sus excentricidades, porque su valor supera y disculpa el ridículo que puedan hacer.

Zamora ha sido y es la explicación de nuestros éxitos internacionales; en su reciente visita no vió ni una sola vez perforada su meta.

El resto del equipo, al que pudiéramos llamar «el otro medio equipo», es fuerte, ligero y, sobre todo, un bando muy conjuntado.

¿Volverá el «Español» este año a aspirar de manera tan seria como el pasado al título de campeón de Cataluña? Bien pudiera ser, como también pudiera ser que lo perdiese por un punto, como el año pasado, por haberse pasado de entrenamiento.

El «Deportivo Español» es el equipo «turista» por excelencia.



Sean los del «Chapete», pero en seguida los medios contrarios se apoderan del esférico, y dueños por completo de la situación, establecen un dominio casi constante.

Debidos a esta situación son los cinco tantos que consiguen los del «Currinche», todos ellos de primorosa factura. Tuvieron los vencedores el bello gesto de perdonar a los vencidos un «penalty» que intencionadamente se tiró fuera.

Los tantos fueron marcados: dos por el extremo derecha, y uno por cada uno de los jugadores del trío central.

Del equipo triunfador se distinguieron el extremo derecha, el guardameta y el delantero centro.

Del «Chapete», el centro medio.

¡Pobre Chapete; su situación ridícula arranca lágrimas a todos los seres compasivos!

¡¡Hasta el «Currinche» le pega!!

DUX.



El «Deportivo Español», de Barcelona, equipo que tan grato recuerdo nos ha dejado con su reciente visita.

Los equipos pinochistas triunfan.

En Madrid se ha celebrado un encuentro amistoso entre el «Club Pinocho Sporting» y el «Varcuna F. C.», resultando vencedor el primero por 4-3, después de un partido reñidísimo.

TACORONTE.

Reseñas y resultados deportivos de España y el extranjero.

SEVILLA

El domingo pasado se jugó el anunciado partido entre los equipos «Iberia F. C.» y el «C. D. Principe», actuando de árbitro Morillo.

El partido resultó muy entretenido, venciendo los del «Principe» por 2 tantos a 1 que hizo el «Iberia».

Del «Iberia» jugaron todos muy bien.



Los jueces de línea y árbitro Sr. Barrachina con los capitanes Caballero y Zamora.



Calvo rechaza difícilmente el remate del delantero españolista.

En estos dos partidos, el «Racing» alineó por vez primera al ex gimnástico Abras, y... no hizo nada. ¿Por qué? Dicen sus partidarios que porque no está entrenado; bien pudiera ser, pero tampoco sería muy descabellado el suponer que sin Uribe ni Goiburu a los lados, Abras no sea el de la «Gimnástica». Ahora, que para ser mejor que Vicente...

La «Unión Currinche» vence por 5-0 al «Chapete F. C.»

El sábado, y antes del primer partido «Español-Racing», jugaron un partido del torneo Pinocho el «Chapete F. C.» y la «Unión Currinche».

El árbitro, señor Estévez, dió comienzo al partido a las tres y media en punto.

Pasamos una tarde muy divertida.

JACKY.



Ibras remata de cabeza.

MÁLAGA

En el magnífico campo que poseen los Salesianos jugaron el domingo 13 los equipos «Atlético» y «Balompédica».

El «Atlético», campeón de la C., supo a los comienzos del juego demostrar su valía; pero a medida que avanzaba el tiempo iba decayendo el entusiasmo y dejándose dominar por sus contrarios, que se aprovecharon, luciendo en sus jugadas.

Una vez consiguen los atléticos



Los «pinochistas» que han pasado la temporada en el Romeral del Real Sitio de San Lorenzo celebraron una divertida fiesta, en la que se representó magistralmente *Pinocho*, *Pirula* y el señor *Polichinela*, obra teatral, publicada por nuestra revista. *Pirula* estuvo graciosa y despierta como la verdadera; *Currinche*, tan saladisimo como el auténtico; *Colombine*, bonita y ágil... Todos tuvieron momentos felices, que les hicieron descollar del conjunto. Bástanos decir que el reparto fué el siguiente: *Pinocho*, Consuelo Martínez; *Pirula*, Paquita Martínez; *Currinche*, Pepito Moñas; *Polichinela*, Alote Miret; *Pierrot*, Amparito Moñas; *Colombine*, María Luisa Martínez; *Arlequin*, Miret.

hacer «goal», mientras que la «Balompédica» hace dos, alcanzando, por lo tanto, la victoria.

Se distinguieron por el «Atlético» Rueda, Poy y Vera.

Por la «Balompédica» Bañares, Rodrigo y Padín.

Los restantes, bien.

Arbitró Cuberta, imparcial.

MELÉNITAS.

Partido que se jugó el «Bichuquitos Club», de Estibela, contra el «Currinche Sportig», de Marín, ganando el último por 2 a 0.

Empieza el partido a las cuatro y media de la tarde. Elige campo el «Currinche Sportig» con sol y viento a favor.

Pita el árbitro; el delantero centro pasa al extremo; le atacan por atrás; el árbitro pita a castigo; lo tira Rocafort, el medio centro formidable, que lo hace pasar por la red como si fuera el viento que pasa por cualquier sitio; marcan, hacen los pases, pero el delantero centro del «Currinche» se la quita, da un pase por alto extremo izquierdo; el dicho extremo pierde el pase, pero el defensa, al caer la pelota, la coge con la mano, y el árbitro pita a «penalty», que el público protesta, y el árbitro no hace caso; lo tira el defensa del «Currinche», el portero lo para, pero se le escapa de las manos, y uno del «Currinche» chuta y lo mete a «goal»; pero el «réferee», que lo vió, pitó, y fué castigado; el castigo lo tira un delantero del «Bichuquitos», pero el portero del «Currinche», que es un «hacha» parando, paró el balón de puño, y no consiguieron meter el «goal». A las cinco y cuarto se acabó el primer tiempo.

Comentarios del primer tiempo.

Que el portero del «Bichuquitos» podía parar aquel «chut» si no fuera tan melón; los mejores que estuvieron del «Bichuquitos» fueron: el defensa y el delantero centro; los mejores del «Currinche» fueron: el medio centro y el defensa.

Empieza el segundo tiempo; empezó a las cinco y veinte. Marcan los «Bichuquitos»; hacen buen pase, llegan a la meta, pero inútil; no pueden meter «goal», porque el portero del «Currinche» no es un melón, como el del «Bichuquitos». Coge la pelota un delantero del «Currinche»; canea, da pases y logra llegar a la meta contraria, que hace el segundo tanto para el «Currinche Sportig».

El equipo «Bichuquitos Club» alinea de esta forma: José B.; Solla, García; Ignacio, Touza, Seco; Laureano, Pepe, Manolo, Carlos y Antonio.

El equipo «Currinche Sportig» alinea de esta forma: Pepito; Moncho, Bebe; Latorre, Rocafort, Pacucho; Vidal, Cuesta, José, Polti y Debesa.

BENITO RODRÍGUEZ.

Selección Cáceres F. C.—«Arenas F. C.» vence al «Recreativo Cacereño» por 3 a 2.

Selección: Gaudencio, 1; Caballero, 1; Borrella, 1.

Recreativo: Crisanto, 1; Villa, 1.

En el campo del «Deportivo Cacereño», y a las órdenes del árbitro Sr. Rodríguez, se alinean los equipos de la siguiente forma:

Selección: Marin (cap.); Remigio, Alamillo; Felipe, Caballero, Cancho; Carballo, (¿?), Borrella (mayor), Borrella (menor), Gaudencio.

Recreativo: Paco; Preciado, Acedo; Bermejo, Manolo, Guerra (capitán); Villa, Luceño, Berera, Crisanto, Serrano.

Saca el «Recreativo», que avanza sin resultado favorable; se hace del balón el extremo izquierda de la Selección, que avanza solo, y a placer de un tiro cruzado marca el primer tanto; centrado el balón, se hacen de él los del «Recreativo», que ponen en aprieto la puerta defendida por Marin; se tiran cuatro «chuts» seguidos, que dan en los largueros; a continuación, una buena arrancada de Caballero, que marca el segundo tanto; poco después termina el primer tiempo.

Reanudado el juego, Borrella (menor) marca el tercer tanto para su equipo.

El «Recreativo» se crece, consiguiendo su primer tanto Crisanto de un buen «chut»; a continuación proviene el segundo tanto a favor del «Recreativo» por Villa, quien corre la línea internándose y largando un bonito «chut» cruzado, que el portero ni ve; momentos después, en dominio alterno, termina el encuentro.

Por la Selección se distinguieron Caballero, Borrella (mayor) y Gaudencio.

Por el «Recreativo», Crisanto, Perera, Bermejo y Villa.

El árbitro, bien e imparcial.

VILUSAN.

En Buenos Aires triunfan los pinochistas.

«Pinocho», 2; «Lucero del Norte», 0.

Este «match» da comienzo a las diez y seis y quince, saliendo Solano con la pelota, quien hace un pase a Lagarde; pero los contrarios desbaratan.

A los veintitrés minutos se produce el primer «goal», y en esta forma Dácal se apodera de la pelota y la cede a Linari, quien hace un medio pase a Artigas; éste «shotea» con violencia hacia el arco contrario.

Uriarte, «back» contrario, trata de patear; mas yerra la oportunidad, que aprovecha Gualberto Lucarelli para «shotear» al arco.

Brodatti, arquero contrario, alcanzó a tocar la pelota; pero no pudo evitar el «goal».

En el segundo período los contrarios atacaron violentamente a «Pinocho»; pero Alberto Lucarelli salvó todo los momentos de apremio.

A los diez y nueve minutos de este tiempo «Pinocho» logró el segundo «goal» en esta forma: G. Lucarelli se corre por su «wing» y hace un hermoso centro alto; Solano, que estaba a la expectativa, logró, con un fuerte cabezazo, el segundo y último «goal».

Después de este tanto se notó el empeño que pusieron los contrarios en descontar ventajas; pero no lo consiguieron.

«Pinocho» formó así:

A. Lucarelli; J. Inzua y J. Barkus; A. Marim, G. Dácal y R. Lagarde; J. Linari, A. Artigas, J. Solano, V. Lagarde y G. Lucarelli.

«Wanderers A.», 1; «Riberas de Sud», 0.

«Wanderers» formó así:

C. Moro; A. Schapira y H. Modesto; A. Mannetto, S. Siorciari, A. Simón y P. Cos.

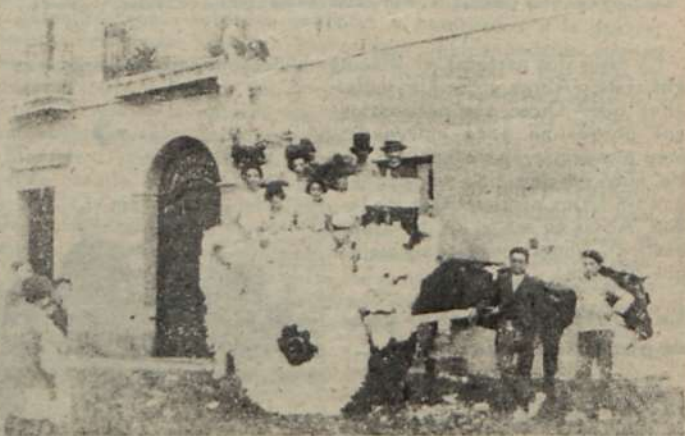
A. Simón, después de acudir a varios contrarios, marcó el único «goal» del partido.

«Wanderers B.», 1; «Riberas del Sud», 1.

«Wanderers» formó así:

S. Catalano; J. Alegrina y J. Batiato; J. Papalardo, M. Falcone y M. Varela; C. Mazucheli, R. Labate, H. Batiato, M. Olivari y E. Bardelli.

Humberto Batiato marcó el único «goal» del «Wanderers».



He aquí una «Carroza Pinocho».—Ha salido Pinocho—llenita de Pirulas «verdaderas». En Laredo, y en estos últimos festivales, la simpática pirulina Conchita Oria (x) organizó la salida de esta carroza, que obtuvo el primer premio en aquellos festejos. Las demás niñas son también pirulinas, como veréis. Sus nombres: Teresín Carasa, Ana María Collantes, Lola y Mariuca Oria. A la derecha, de perfectos cocheros, Currinche y Don Turulato.

UNA BODA CAPRICHOSA

Algunos reyes antiguos tenían costumbres sumamente raras. Yo sé de uno que para casar a su hija puso en conocimiento de los jóvenes de su país que todos podían presentarse en palacio a optar a la mano de la princesa, y que ésta dejaría caer una manzana sobre el que quisiera por esposo.

Como es natural, todos los jóvenes, pobres, ricos y de clase media, quisieron probar fortuna. Después de todo no era cosa molesta presentarse y ver si la manzana le caía.

Llegó el día señalado. Subió la princesa a un tablado y comenzaron a desfilar delante de ella los aspirantes a su mano. Pasaron veinte, pasaron treinta, pasaron cuarenta. De pronto, la princesa dejó caer la manzana sobre un muchacho de pobre aspecto, hijo de una vieja humildísima.

En seguida informaron al rey, el cual, fuera de sí, gritó:

—¡Eso no es posible! ¡No lo consentiré jamás! Que desfilen otra



vez ante de mi hija; seguramente ha querido arrojarla sobre otro.

Se hicieron dos desfiles más y se vio que la hija del rey no había errado la puntería: tanto la segunda como la tercera vez cayó la manzana sobre el hijo de la pobre vieja.

Esto provocó la ira del rey de tal modo que llegó a expulsar a su hija del palacio y al joven de la ciudad. Los dos agacharon la cabeza y se alejaron hacia la casita de la vieja.

Cuando ésta les vio entrar exclamó:

—¿Qué es esto, hijo mío? ¿No sabes que no tenemos qué comer? ¿Quién es esta joven?

—No os apuréis, buena señora; hilaré y fabricaré encajes para ganarme el sustento —respondió la muchacha.

—Bueno; entra. Ya ves la casa que tenemos, parece un gallinero viejo.

En esta casa vivieron los tres durante seis meses. Pero un día, determinaron que el joven saliese al extranjero en busca de ganancia mayor.

—No me resigno a que sigáis viviendo casi en la miseria. Hoy mismo busco a los mercaderes que van a la Arabia y les ofrezco mi poca o mucha inteligencia y mis brazos.

En efecto, buscó y dio con un mercader riquísimo que salía para dicho país con ochenta mulas cargadas.

Le preguntó si quería llevarle consigo, y el mercader contestó:

—Bueno, ven conmigo. Pero ¿cuánto quieres?

—Cien monedas de plata al mes.

—Conforme. Toma mil doscientas y ya estás pagado por un año. Ve a tu casa, arregla lo que sea y despídete de los tuyos.

Al despedirse de su madre y de su mujer, ésta última le dijo:

—Ve a tal casa, en ella encontrarás a un viejo. Bésale la mano y dile: «Padre, me voy al extranjero; ¿qué consejo me dais?»

El viejo le recibió sentado en un sillón de terciopelo raído. Por la demacración de su cara, las melenas y las barbas larguísimas, blancas como el vellón de las ovejas, y por lo hundido del pecho, parecía la imagen del Tiempo. Al oír al joven, le miró y le dijo:

—Verás qué sencillos son los consejos que te doy:

El bueno es aquel que tu corazón prefiere.

La paciencia es el principio de la felicidad.

Quien espera, sale siempre ganancioso.

Como estas sentencias le sonaron más a refranes que a consejos, volvió a su casa y se las repitió a su mujer, la cual le dijo:

—No las olvides nunca; puede que un día te sean muy útiles.

A los pocos minutos se reunió con el comerciante y salieron de la ciudad. Muchos días emplearon en el viaje, y durante ellos ocurrieron algunas peripecias.

Cuando llegaron a un pueblo de la Arabia, en donde había feria, se alojaron en una gran venta de mercaderes, donde ya se notaba gran concurrencia. El joven, amigo nuestro, como llegó sumamente fatigado, se acostó y se durmió. Pero no pudo dormir mucho. En la venta, los mercaderes y las bestias se morían de sed y promovían un formidable escándalo. Cerca de la venta había un pozo, es verdad; pero nadie se aventuraba a bajar y coger agua, porque quien había ido no había vuelto. Los mercaderes idearon entonces pagar a un pregonero para que gritase que cada uno de ellos daría mil monedillas de plata a quien bajase por agua. Estos gritos despertaron a nuestro joven. Escuchó atentamente, comprendió que se trataba de una suma importante, y resolvió bajar al pozo.

Su patrón quiso disuadirle, pero no escuchó las razones. Las últimas palabras que aquel le dijo fueron éstas:

—Bueno, baja; pero conste que lo haces voluntariamente y contra mi parecer. Si te ocurre una desgracia, tú solo eres el responsable. Ahora bien, si logras volver, te regalaré un lote de mercancías y un mulo.

El joven bajó al pozo, valiéndose de una cuerda. No era muy profundo, llegaba bien a su interior la luz del día. Cuando estuvo en el fondo vio un arroyuelo, hincóse de rodillas y calmó su sed. Después de esto, mirando a un lado y a otro, vio que en una concavidad, grande y profunda, estaba sentado un moro gigantesco. Apenas se había fijado en él, cuando el morazo le hizo señas diciéndole:

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí!

El joven, con su poquito de miedo, se fué acercando. El árabe estaba sentado entre dos niños, uno blanco y otro negro. Su cara dejaba traslucir, más que crueldad, tristeza. Cuando el joven estuvo cerca, le dijo:

—Oyeme bien. Te voy a poner un problema. Si respondes acertadamente has salvado tu vida; pero en el caso contrario, estás perdido. Todos los que han venido a este pozo han muerto a mis manos, por no haberme resuelto el problema. ¡Oyeme! El problema es este: ¿Cuál de los dos niños que ves aquí es el mejor y cuál es el peor?

El joven quedó parado ante la pregunta. ¿Qué sabía él de aquellos niños? Era imposible dar una respuesta concreta no siendo adivino. Pero en esto, se acordó de una de las máximas o consejos del anciano que visitó antes de partir, y le pareció que era la respuesta más acertada que podía dar.

—«El bueno es aquel que tu corazón prefiere.»

Ante aquella respuesta, irguióse el árabe, se fué derecho al joven, le abrazó y le estampó un beso en la frente.

—¡Bravo! ¡Bravo! Tú has puesto fin a mis sufrimientos. Has desvanecido mis dudas. Has sido para mí como el rayo alegre del sol que rompe la nube.

Después de estas y otras muchas exclamaciones grandilocuentes le preguntó:

—¿Por qué has bajado al pozo?

—He bajado para llevar un poco de agua a toda esa gente, compañeros míos, que se mueren de sed.

—Bien, pues toma estas tres manzanas. Cuando hayas recogido el agua necesaria y quieras subir arroja una de ellas al suelo; cuando estés a mitad de camino, arroja la segunda, y cuando vayas a salir de la boca del pozo, arroja la tercera; con esto saldrás sano y salvo. Además, quiero hacerte un regalo: estas tres granadas:



una amarilla, otra roja y otra verde. Escóndelas bien, cerca del pecho.

El joven, después de dar un efusivo apretón de manos al morazo, llenó su cántaro y tiró la primera manzana; en seguida comenzó a subir cómodamente, como en un ascensor; luego tiró la segunda y la tercera, conforme dijo el moro. Salió felizmente del pozo y apareció con su cántaro lleno, en medio del grupo de mercaderes que, locos de contento, empezaron a dar saltos, pues además de que el joven no había muerto, como ellos ya creían, podrían aplacar la sed.

Los gritos de alegría fueron atronadores. Las palmadas, los abrazos, duraron mientras bebían. Después de calmada la sed de todos, los mercaderes, cumpliendo lo prometido, le entregaron las 40.000 monedas de plata, y el patrón le regaló una mula cargada con mercancías. Vosotros pensaréis que fué un cántaro de agua bien pagado, más no olvidéis que el joven arriesgó su vida; es decir, los mercaderes no pagaron el agua sino el valor del muchacho.

¿Qué hacer con tanto dinero y tanta cosa?, pensaba el joven. No tardó mucho en responderse. Llamó a un criado que tenían y le dijo:

—Este mulo cargado y este dinero lo vas a llevar a casa de la vieja, mi madre. Ya sabes dónde vive: pasado el puente, la primera casa del pueblo, a la derecha. Cuando hagas entrega de todo, dile que te dé un recibo para mí. ¡Oye! Desde hoy te subimos el sueldo.

De pronto se acordó de las tres granadas. Después de contemplarlas vió que no eran granadas, sino tres magníficas y colosales piedras preciosas. —¿Por qué no se las voy a enviar a los míos? Sí, para ellos todo—, pensó y, volviendo a llamar al arriero, se las entregó.

Satisfecho de pensar en la alegría que procuraba a su mujer y a su madre, se fué frotando las manos y mirando al cielo, camino de la tienda que había puesto su patrón.

Pasaron los días y los meses. El dueño de la tienda se murió. La viuda, no teniendo otra persona de más confianza, le puso al frente del negocio con una participación muy crecida. El joven estaba contento de su suerte.

Y pasaron años. Lo menos veinte hacía que salió de su casa. Era tiempo de volver a besar a los suyos. Pidió, pues, licencia a la viuda, la cual encontró muy justificado el viaje.

Pero nosotros vamos a llegar antes que él.

Pocos meses después de haber salido el joven, Dios había enviado un niño a su mujer. Este fué el primer gran acontecimiento durante su ausencia. El segundo fué la llegada de las mercancías, las granadas y el dinero. La mujer, en cuanto vió las granadas, comprendió que eran piedras preciosas; pero la vieja, que no veía tanto, las tomó por legítimas granadas y se llevó una a la boca para morderla. La nuera, que estaba delante, se la arrebató y la escondió.

—¿Por qué no me dejas la granada? Es un regalo de mi hijo, de mi hijo bendito, que se acuerda de su madre. ¡Dámela! ¡No me la robes! Tú no eres como mi hijo.

La infeliz nuera salió corriendo a casa de una vecina y le encargó que comprase tres granadas. Trajéronlas en seguida y tomando una le dijo a su suegra:

—Tomad; comedla y perdonad mi ligereza.

La vieja comenzaba a chochar algunas veces; tan pronto estaba contenta como triste. Tampoco le servían gran cosa los ojos; así es que agarró la granada creyendo que era la de antes y se la comió muy contenta. A pesar de tales torpezas, trabajaba y se movía con bastante soltura.

Dos días después de esto, la nuera compró vestidos nuevos para ella y para su madre política y para el niño. Le gustaba verse y ver a los demás limpios y aseados, pero también andaba tramando algo. Puso una de las granadas buenas, esto es, una de las magníficas piedras preciosas, en una bandeja de plata; lo envolvió todo en un paño bordado en oro; le llenó de dinero los bolsillos a su suegra y le dijo:

—Tomad esta bandeja, donde he puesto una granada y llevádsela al rey. Si el rey os pregunta lo que deseáis, como señal de agradecimiento, decidle: «Quiero un documento sellado por ti que prohíba a toda persona mezclarse en lo que yo haga.» Tened mucho cuidado de ir repartiendo dinero a los criados desde que entréis en palacio.

La vieja hizo todo lo que le dijeron de pe a pa. Entró repartiendo monedas a diestro y siniestro, consiguió llegar hasta el rey y le entregó la granada.

El rey, en seguida, mandó llamar a los tasadores de alhajas.

—Decidme lo que vale esta granada —les ordenó.

Los tasadores la examinaron detenidamente y declararon que su valor era incalculable, que estaba fuera de los precios corrientes. Con el fin de hacer más comprensiva la cosa, recurrieron a la imagen siguiente:

«Si un mozalbete de quince años lanza al alto una piedra, con todas sus fuerzas, y tú llenas con oro todo el espacio comprendido entre el suelo y el último punto a donde llegó la piedra, ese oro no será suficiente aún para pagar esta joya.»

El rey quería quedarse con aquella espléndida rareza, pero en su tesoro no había bastante dinero para pagarla. Dirigiéndose a la vieja le preguntó si la llevaba para vendérsela o si era un presente.

—Es un presente que os traigo —respondió.

—Pídemle tú, en cambio, la recompensa que quieras.

—Lo que quiero es bien sencillo. Un documento sellado por ti que prohíba a toda persona mezclarse en lo que yo haga.

El rey mandó extender el documento, le puso su magnífico sello de lacre, atado al pergamino por una cinta de oro y se lo entregó a la viejecita, que salió de palacio tan contenta.

Entre las mercancías que se habían recibido del joven ausente, se contaban otras piedras preciosas de inestimable valor. La mujer llevó muchas de ellas a casas de príncipes y magnates que las compraron a precio de oro.

En seguida, con el dinero mandó construir un palacio junto a la casita que tenían; un palacio como no había otro igual en todo el país. En la fachada embutió los grandes diamantes, que resplandecían como soles.

El rey, yendo de paseo un día, quedó tan admirado al verlo que bajó de su litera y entró en él. Todo le sedujo; así se lo dijo a la

joven dueña de la casa. El hijo de ésta, que ya contaba veinte años, se mostró tan atento e inteligente con el rey, que éste le llamó a los pocos días y le confirió un alto cargo militar.

No fué esta la única vez que estuvo el rey en el nuevo palacio.

Volvió dos o tres veces más y llegó hasta a sentir envidia de ciertos objetos y raras bellezas. En realidad, le molestaba que unos súbditos suyos tuvieran cosas mejores que él; pero no quiso molestarles por no romper con el flamante militar, en quien había puesto su confianza.

Iban así las cosas, cuando un día llegó el viajero y comerciante a su pueblo. Buscó su casita, pero la encontró vacía. En cambio notó que, junto a ella, se levantaba un soberbio palacio, del cual no tenía memoria.

Todo el día anduvo errante, pensando en los suyos e intrigado por aquella gran casa, y al llegar la tarde, no pudiendo aguantar más la curiosidad, trepó a la tapia que rodeaba el jardín.

Qué sorpresa no llevaría cuando descubrió en un banco a su mujer con las manos entre las de un joven militar. El corazón le daba golpetazos en el pecho como si quisiera escapársele; la mano se le fué hacia la pistola como para descargar un tiro sobre aquella pareja. Pero en aquel momento se acordó de otro de los consejos del anciano: «La paciencia es el principio de la dicha». Se contuvo, mas a los pocos instantes le acometió de nuevo el deseo de la venganza. Iba a tirar ya, cuando le pareció oír la tercera máxima: «Quien espera, sale siempre ganancioso».

Estúvose quieto y atento. Poco después oyó que el militar decía:

—Mamá, ¿es cierto que mi padre vive todavía? ¿Dónde está? He soñado esta noche que se aproximaba a nuestra casa.

Entonces la madre le contó la historia de su vida.

—¡Eso es una gran pena, mamá! Mientras yo gozo del favor real y todos nosotros vivimos en este magnífico palacio, mi padre vive lejos, sabe Dios cómo, pasando privaciones y soledad. Mañana mismo alisto una compañía y salgo en su busca. De otro modo me sería ya muy difícil vivir tranquilo en medio de tantas comodidades.

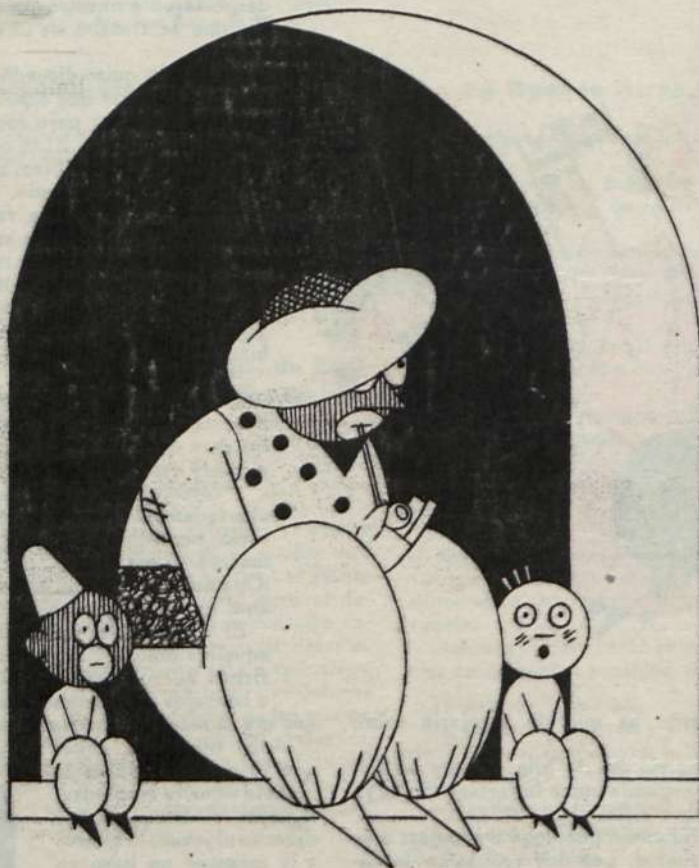
El padre, subido en la tapia, se puso a llorar de ternura. Bajó sin decir nada y pasó la noche en el campo. A la mañana siguiente avisó su llegada. El rey le llamó a su palacio y le recibió con toda clase de honores.

—Cuéntame tu historia —le dijo.

Cuando terminó de hablar, exclamó el rey:

—Estaba escrito por la Providencia. Estabais destinados el uno para el otro. A partir de hoy, te reconozco como yerno.

Emocionado besó la mano real y se fué a su palacio a vivir con los suyos, a los cuales estaba deseando abrazar. Algunos años después heredó el trono y gobernó sabiamente



CHISTES

B U E N O S Y M A L O S



—Dígame, ¿esta armadura es de Carlos V?

—No, mister; *ser* de acero.



—¡Caballero, una limosnita, que Dios se lo aumentará!

—¡¡¡...!!!



OBRAS DE JULIO VERNE

Un viaje a la luna.



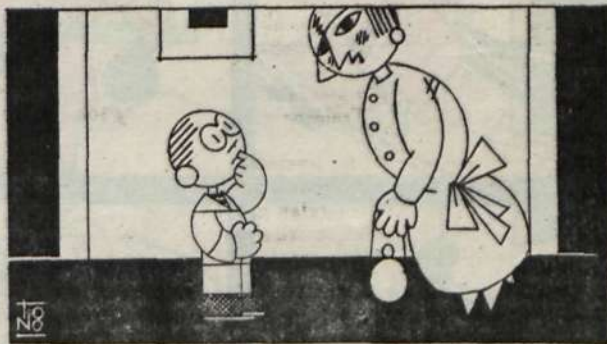
—Y aún tienes valor para bailar en esta situación tan desesperada...

—Pero, ¿no ves cómo se ha simplificado el trabajo y qué fáciles van a ser ahora las maniobras?



—¿De manera que no tiene usted nada más grande?

—¡Como no quiera usted probarse las cajas...!



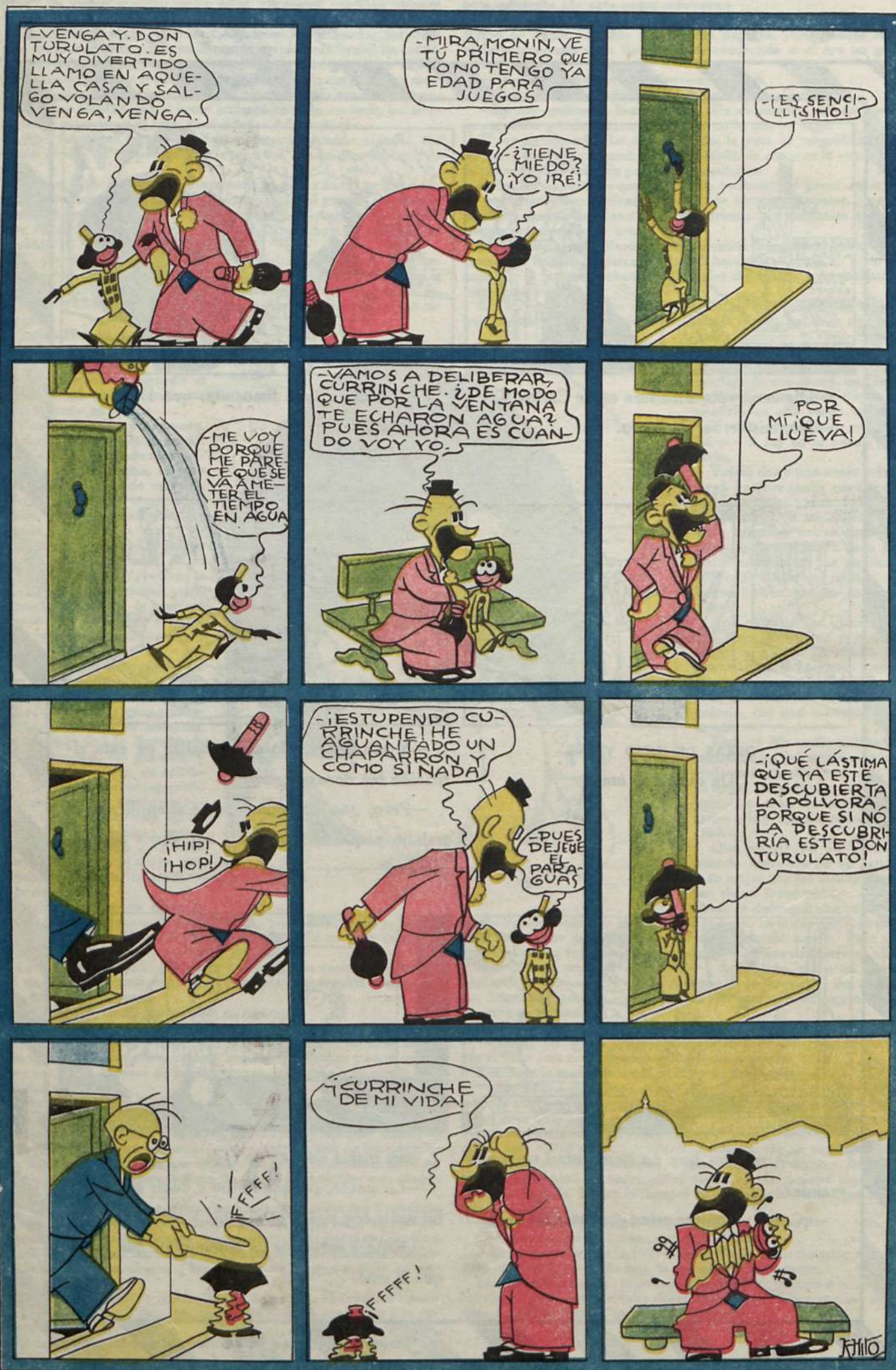
—Mi mamá no está en casa.

—Lo siento, porque le iba a decir si te dejaba venir con nosotros al cine.

—Espere entonces un momentito, que puede que sí esté.

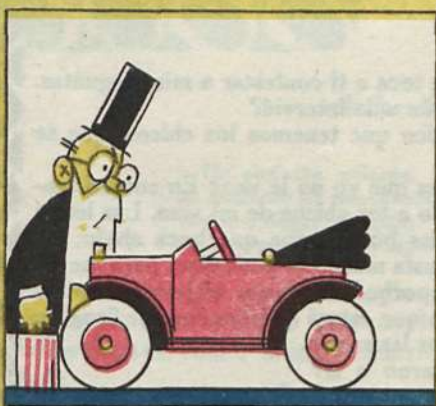


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y DON TURULATO

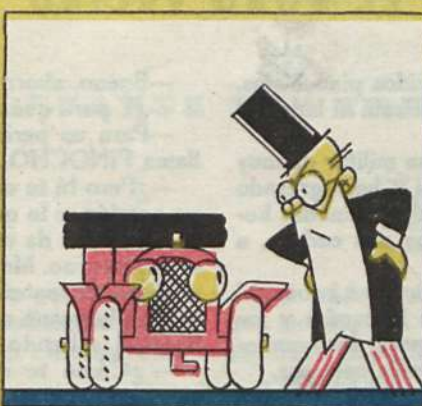


Don Polipasto Pijama

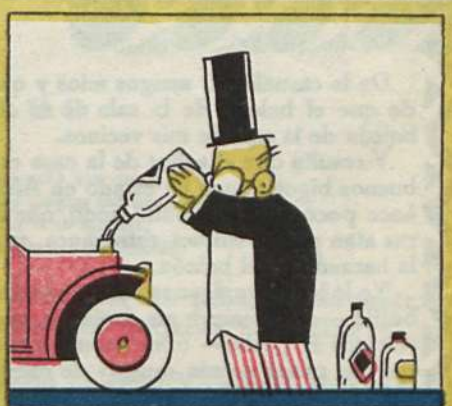
sabio inventor de gran fama



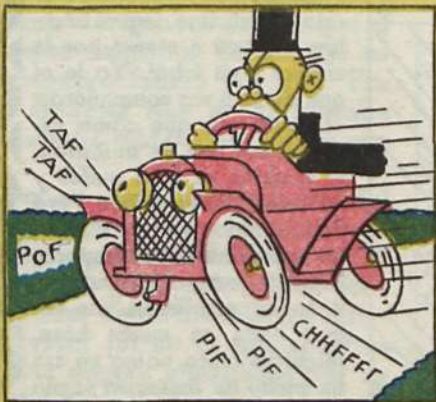
Todo el dinero ha gastado
en un Ford que se ha comprado



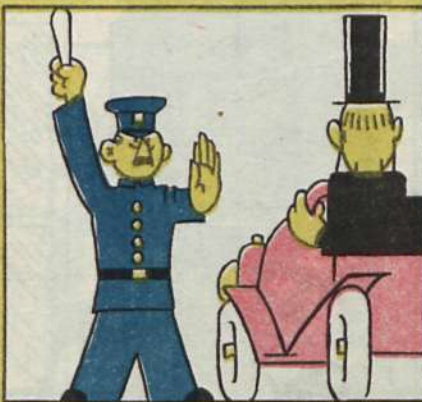
Pero el coche no camina
por falta de gasolina



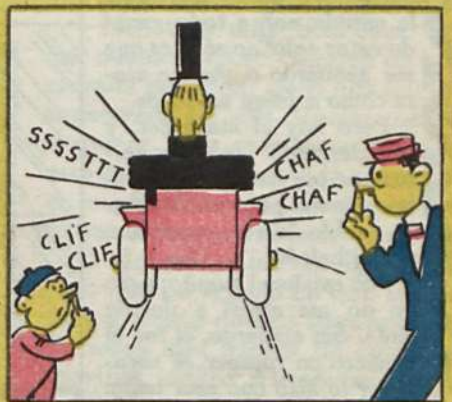
Don Polipasto, impaciente
le hace andar con aguardiente.



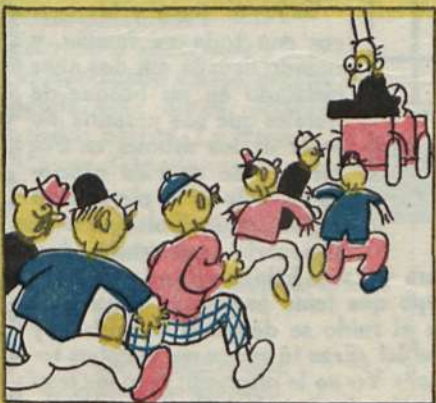
Y llevando su derecha
va veloz como una flecha



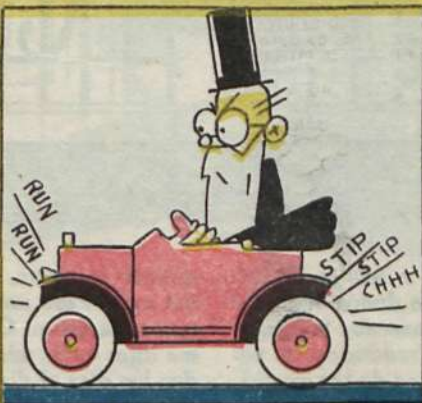
Mas le prohíbe que corra
un guardia de los de porra



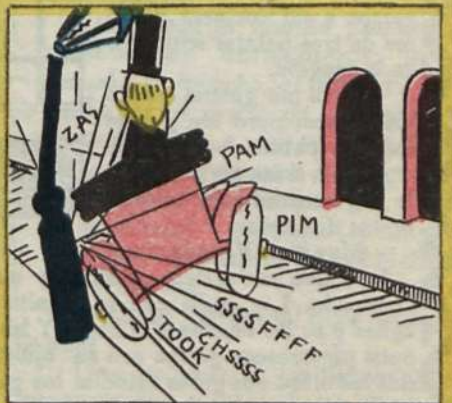
Iba notando la gente
un fuerte olor a aguardiente



Atraídos por el olor
seis curdas van tras el Ford



Don Polipasto ha notado
que el auto va mareado



Y lleva una borrachera
que tropieza con cualquiera



Como no está en sus cabales
va dando saltos mortales



Hasta que al fin ¡Cataplon!
queda hecho un acordeon



Y unos guardias, por la noche
los llevan a casa en coche

LAS GRANDES ENTREVISTAS

EL MONO VECINO

Da la casualidad, amigos míos y queridos pinochistas, de que el balcón de la sala de mi casa está al lado del balcón de la sala de mis vecinos.

Y resulta que el señor de la casa es un militar de muy buenos bigotes, que ha estado en Africa y ha regresado hace poco con un monito lindo, que a determinadas horas atan por su cintura estrechuca, y con una cadena, a la barandilla del balcón.

Yo le he visto algunas tardes cuando salgo a beber del botijo —que siempre me moja un poco la camisa y me refresca el pecho— o me asomo a ver pasar los bombros que pasan en sus «autos» de campanilla nerviosa.

Tiene mirada de persona; pero de persona sería que no quiere entablar conversación. A veces me mira, me mira, y me da un poco de miedo. Yo no sé sostenerle la mirada, sobre todo cuando estoy solo; no sé si es que me acobardo o que me azora como si fuera un señor.

Pero hoy al atardecer, y por descansar de unos versos que me había encargado la cocinera para enviárselos al pueblo a su prometido, salí al balcón.

Allí estaba el monito; pero yo no me atreví a decirle nada. Sin embargo, él fué el primero en romper el silencio, y lo hizo con esta frase:

—¡Caramba! Oye, niño; ¡qué bien huele a patatas fritas!

—No tiene nada de particular —le dije—. Yo hago versos a mi cocinera y ella me da tres patatas fritas por cada renglón.

—A mí me gustan mucho los versos; pero me gustan más las patatas —exclamó.

—Pues si me permites que te haga una entrevista, tendrás de las dos cosas.

—Muy bien. Vengan antes.

Le saqué seis o siete patatitas y una a una se las fué comiendo. Las cogía con su manita de dedos negros y ágiles y se las llevaba a la boca. Y las mascaba haciendo unos pintorescos gestos con sus ojillos redondos. A todos los niños nos gusta estudiar los gestos de los monos.

Cuando terminó de tragar me dijo:

—Ahora vengan los versos.

Saqué del bolsillo los de la cocinera. Por cierto que se me cayó el lapicero al suelo del balcón al sacar los papeles, y el bicho exclamó:

—¡Regálame ese lápiz! Me lo llevo escondido entre los dedos de los pies, y, cuando no me vean, me distraeré pintando rayas por las paredes.

Se lo regalé y empecé a leer así:

«El día que nos casemos
yo seré tu cocinera,
tu cocinera,
tu cocinera...
Y he de hacerte muchas salsas,
porque yo soy muy salsera,
y muy salsera,
y muy salsera...»

—¡Basta ya! —gritó—. Bien se conoce que te pagan por renglones. Si hubieras tenido mucha hambre, hubieras seguido poniendo:

«tu cocinera,
tu cocinera,
tu cocinera,
tu cocinera...»

Yo me puse un poquillo colorado y dije luego:

—Bueno, ahora te toca a ti contestar a mis preguntas.

—¿Y para qué quieres la entrevista?

—Para un periódico que tenemos los chicos, que se llama PINOCHO.

—¿Pero tú te crees que yo no le veo? En cuanto tengo ocasión se lo quito a los chicos de mi amo. Las letras lo mismo me da verlas boca arriba que boca abajo; los monigotes, no. Me gusta mucho el periódico, pero me da un poco de tristeza, porque Currinche se parece bastante a un hermano mío que estará divirtiéndose de firme en libertad, saltando por las ramas.

—¿Cómo te cazaron a ti?

—Primero me quisieron cazar de esta manera: unos moros me acosaron con piedras para llevarme hacia donde estaba otro en combinación con ellos. Cuando estuve próximo, aquel hombre empezó a atarse por la cintura a un árbol. Yo le oí que decía a sus compañeros: «Dejadle ya, que como estos monos son de imitación, él también se hará nudos y no sabrá desatarse...» Pero tantos nudos se hizo él, que no supo desatarse tampoco. Pidió socorro a sus amigos y todos acudieron, sin lograr nada en media hora. Mientras tanto, como yo era un mono de imitación según ellos, les imité en lo de tirar piedras y los dejé escalabrados a todos.

—Muy bien. ¿Y cómo te cogieron después?

—Verás. Pasé a Marruecos con toda mi familia, y cuando llevaba allí dos años instalado en un bosque de frutales que nos permitía no bajar de los árboles en tres meses —lo cual es gracioso de vivir—, se me ocurrió registrarle los bolsillos a un legionario que estaba dur-

miendo la siesta, para ver si le habían sobrado terrones del café. Pero un cepo que tenía preparado dentro me agarró la mano. Con el ruido se despertó el soldado y me dijo: «¡Ah, miserable! ¿Eras tú el que me quitabas todos los días el dinero?» Yo no le respondí; pero me temí que iba a pagar las deudas de algún ladrón. Sin embargo, me perdonó, me regaló a su capitán y aquí estoy.

—Cuéntame alguna anécdota tuya.

—Ayer me ocurrió una curiosísima. Estaban jugando los niños de casa y unos amigos a la gallina ciega. Pero Tono es muy revoltoso, y sin decir nada al que se quedaba me puso a mí en el corro y logró que me cogiera. Empezó a palparme la cara con los ojos tapados y de pronto dijo: «Este es... Nito». Al oírlo Nito se fué llorando a su casa y se le oía decir por la escalera: «¡Que yo no quiero que me confundan con un mono! ¡Ay!, ¡ay! ¡Que yo no quiero...!» Pero Tono se revolcaba de risa.

De pronto sentimos pasos, y el mono me dijo:

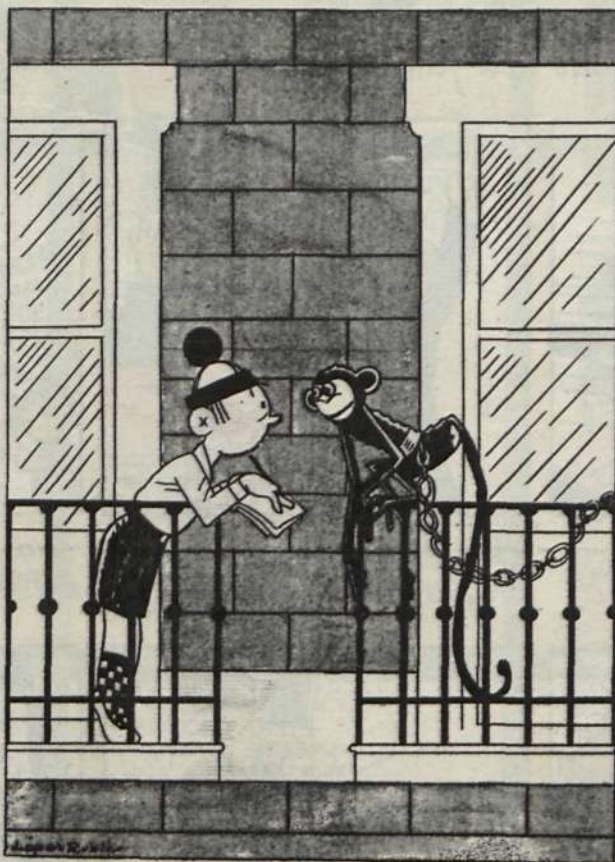
—Adiós, Chonón. Ya vienen a por mí. No digas a nadie que sé hablar.

Al día siguiente sonaron unos azotes. Yo pensé: «Eso es que Tono ha hecho una de las suyas». Pero no era así, porque se oyó decir:

—¿Habrás visto cómo me ha pintado toda la pared? ¡Granujal! ¿Dónde has encontrado este lapicero?

Yo pegué el oído al tabique, lleno de terror; pero el mono guardaba silencio. No quiso acusarme.

CHONÓN EL CURIOSO.



HISTORIAS DE ANIMALES

EL ELEFANTE ENAMORADO

Un elefante, galante,
se enamoró de una hormiga.
(Lo que dijera la gente,
se le importaba una higa).

La vida está tan cambiada,
que hoy llegan los pretendientes
a visitar a su amada,
y la dejan sin parientes.

Era cierta canción que la maledicencia ponía en los picos de las aves cuando estaban lo suficientemente elevadas para no temer la justa cólera del elefante enamorado.

Porque el elefante estaba enamorado de un modo terrible de aquella hormiguita graciosa y trabajadora que continuamente se afanaba para llevar alimento a su hormiguero.

Al principio, la hormiguita no le hacía caso. No podía suponer que los paseos que el elefante daba por delante de su hormiguero fuesen por ella. Era tan modesta que se encontraba aún mucho más pequeña de lo que era.

Por su parte, los parientes del elefante procuraban quitarle de la cabeza aquella chifladura.

—Pero, ¿qué es lo que te puede gustar de un bichejo tan insignificante? ¡Si no es más que tres bolitas negras ensartadas por un hilo!

Pero al elefante se le había metido entre colmillo y colmillo aquel amor y agitaba sus orejas como dos soplillos para no oír aquellas palabras.

Empezó a adelgazar y la piel se le fué quedando ancha, mucho más arrugada que antes, sobrándole por todas partes. La trompa se le quedó tan delgada como antes tenía la cola, y la cola, enflaqueciendo a su vez, se le quedó tan fina como un macarrón.

Ya lo decía en sus coplas la voz de la murmuración:

A cierto galán doncel,
de enamorado que está,
se le ha quedado la piel
que no parece que es de él,
sino que es de su papá.

Llevado de su amor, todos los días le mandaba un par de flores por medio de una avispa. La hormiga agradecía mucho el obsequio, porque las flores secas son una agradable comida en el invierno.

Por fin, un día el elefante se acercó al hormiguero. Aunque puso mucho cuidado en respetar a las hormigas que pululaban, no pudo evitar que sus patas aplastaran cerca de cuarenta.

Declaró su amor a la hormiguita; pero ella, con toda prudencia, le hizo ver la diferencia de clases que los separaba, añadiendo que, en último caso, hablase con sus papás.

Cuando el elefante volvió para hablar con sus papás aplastó sesenta y ocho hormigas afanosas; pero no lo hizo con mala intención, estoy seguro.

No obstante, la voz de la murmuración inventó esta nueva copla:

Los padres de la hormiguita pusieron de pretexto que su hija era demasiado pequeña para casarse, que esperase si podía.

—¡Claro que puedo esperar! Yo pienso vivir todavía doscientos años; pero tengo miedo que con tanto como mi amada Luisita trabaja se pueda poner enferma y morirse, ahora que llegan los primeros fríos. ¡Tan feliz como sería sobre mis lomos calentitos o subiéndose por dentro de mi trompa para hacerme cosquillas...

—Nosotros muy honrados de que nuestra hija se coloque en tan elevada posición; pero nos apena separarnos de ella. Vuelva usted, si quiere. Esta es su casa. Así pasará el tiempo, a ver si la niña crece un poquitín más para que no haga tan mal papel al lado de usted.

El elefante se fué tan desconsolado que no reparó en que aplastaba a ciento quince hormigas laboriosas que hacían un caminito movable, negro y ondulado, que parecía una serpiente.

Volvió al hormiguero por el deseo de verla, y cada vez causaba la muerte de unos cuantos individuos.

Tanto que la familia pensó en cambiar de hormigueros; pero cuando se intentó, el elefante supo hallar el rastro de su amada y se presentaba a visitarla y mataba de paso unas cuantas hormigas.

—¡Así no se puede vivir! ¡Esto es un abuso! —gritaban las hormigas; pero tan bajito, que el elefante no las oía.

—¿Qué haremos para salvarnos?

Una propuso a las demás que, puesto que en el suelo no se podía

vivir porque el elefante les causaba la muerte, se subiesen al elefante y allí podrían vivir.

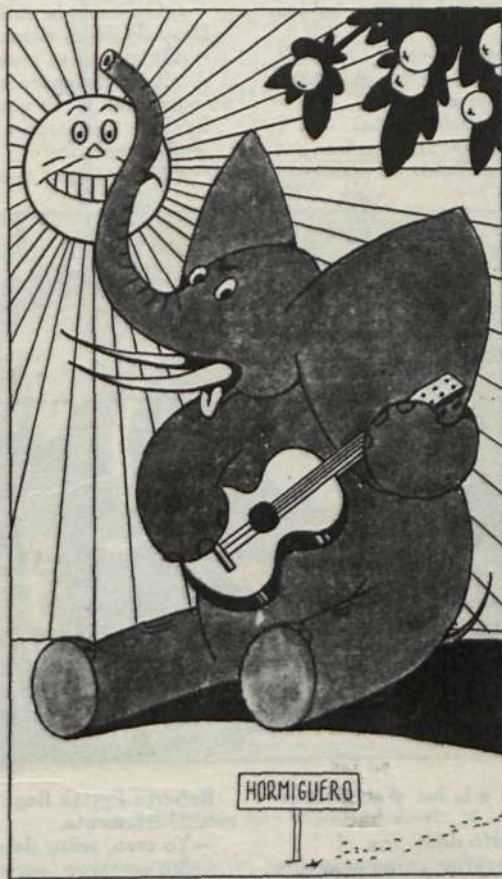
Así lo hicieron y, poco a poco, la piel del elefante se fué llenando de hormigas y se puso negra de ellas y lustrosa como si fuera de azabache.

Buscó a su amada Luisita.

—Mira —le dijo—. Casi todos tus parientes viven encima de mí. Ya que no quieres ser mi esposa, vente, al menos, a vivir con ellos. Así tendré el placer de sentirte corretear por encima de mí.

Aceptó la hormiguita y todos vivieron felices y contentos. Y con aquella vecindad encima, el elefante se fué volviendo un poco hormiga en sus costumbres, y cuando veía miguitas de pan o granitos de trigo, los aspiraba con su trompa y los llevaba como en una guía hasta sus pequeños huéspedes que, como buenos hermanos insectos, se repartían las migajas y tenían el invierno asegurado, y además, a lomos del buen elefante, corrían el mundo como en un autobús.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



PROGRAMA
PARA HOY

*El cristal
acusador*
¡sensacional!

GRAN CINE



EL CRISTAL ACUSADOR

En el hotel de Bombalia donde Roberto Pettak, el famoso detective, y su ayudante Nando Chaffo descansaban de una gran temporada de trabajo, este buen muchacho se encontró con un antiguo compañero de colegio, Herrossy, que ahora terminaba sus estudios en la Universidad de Bombalia.

Intimaron los tres de tal manera, que organizaban largos paseos por los bosques de alrededor.

Y tanto se aficionaron que, para que el paseo fuera largo, un día decidieron hacer una excursión con merienda.

—Id andando —dijo Pettak— que yo iré luego. Antes he de contestar a unas cartas.

Metieron un palo por las asas de la cesta, y cogiendo Nando de un extremo y Herrossy del otro, emprendieron el camino hablando así:

—Esos filetes panados, ¡qué buenos van a estar luego!

—Aún tiene mejor cara la tortilla. A mí, como a los chicos, me gusta mucho la tortilla fría cuando voy a comer al campo.

—Si la cerveza está fresca, pasaremos un delicioso rato.

—Lo que hemos de hacer es esconder la merienda, mientras nosotros trepamos un rato por las rocas, para ver desde un pico cuándo llega mi maestro.

—Muy bien —respondió Herrossy—. Podemos dejarlo en las ruinas del castillo de la Luna, que el pueblo ha dado en llamar el castillo de la Bruja.

—¿Por qué lo llaman así?

—Porque existe la leyenda de que lo habita la bruja que hace los males del pueblo.

—¿Y no nos quitarán de allí nuestros manjares?

—¡Cál! Por allí no va nadie. Tienen miedo. Ni el dueño, que es el marqués de Tres Montes, pisa las ruinas del castillo.

—Pues vamos a ellas. Nosotros no debemos temer a esas brujerías —contestó Nando Chaffo.

Los dos torcieron hacia allí sus pasos, y se colaron por entre unas tapias derrumbadas y unas techumbres caídas, que realmente imponían, sino miedo, por lo menos cierto respeto que se le parecía.

En una habitación penumbrosa dejaron la cesta de la «merendola», y salieron a la luz y al sol a esperar al famoso detective.

Cuando llevaban una hora esperando, Chaffo dijo:

—Oye, Herrossy: yo tengo sed. Voy a llegarme en un momento a la cesta y nos bebemos aquí una botella de cerveza.

—¡Estupenda idea!

Muy pronto volvió Nando de su excursión por el castillo, y su rostro volvía más pálido de como fué. Al llegar dijo:

—Estoy muy inquieto. La cesta no está en su sitio. En cambio había este papel que dice: «¡Qué superior va a estar esto! Magnífica merienda me voy a comer. ¡Gracias, muchas gracias!»

—Será una broma de alguna mala persona.

—Eso sospecho yo.

—Antes nos hemos cruzado por el camino con el guarda. Nos miró con mala cara... ¿Habrá sido él? —dijo Herrossy.

—No lo creo. Desde la roca donde esperábamos a Roberto le vi alejarse. Lo siento por mi jefe. Viene a descansar a Bombalia, y le vamos a ofrecer este nuevo asunto.

—Allí viene, precisamente.

Cuando el detective Roberto Pettak llegó a la cita para continuar la excursión, los dos jóvenes le explicaron el suceso. Pero él cogió el papel y dijo:

—Esta letra, aunque está hecha en cualquier sitio, no está trazada con la inquietud del que roba. No creo que esto sea ni broma, ni robo.

Se encaminaron los tres a la habitación oscura, y su sorpresa fué enorme. Allí había una cesta de una sola asa, como las de la compra, con una comida más modesta y escasa que la desaparecida.

—Perdemos en el cambio —dijo Roberto sonriendo. Y ya en serio añadió:— Ya me lo explico. En estas ruinas vive alguien, y hay quien se ocupa en traerle alimento. Como mis hijos no han querido separarse de mi perro policía, no le tenemos aquí para darle ese papel y que su olfato diera con el escondite del que lo escribió. Buscaremos otro procedimiento.

En efecto: unas miguitas de pan caídas en el suelo les llevaron hacia una habitación sin salida. Como la estancia estaba polvorienta, Roberto descubrió unas pisadas que precisamente acababan en medio de la habitación.

¿Qué podía significar aquello? Sin duda había una piedra movable en el suelo, por donde habría desaparecido el que pisó por allí. Sí, sí; allí había una losa que giraba sobre un eje. Antes de «colarse» el detective, dijo a su ayudante:

—Seguramente este pozo se comunica con alguna boca del monte. Sal tú y otea, por si sale alguien de algún sitio.

Cuando Nando lo hizo, Roberto Pettak abrió la boca de piedra, y sin meterse dentro gritó:

—¿¡Quién anda ahí!?

Después de un silencio, se oyó la voz de Nando que decía:

—¡Quietos! Si se mueve usted le pego un tiro...

Acababa de aparecer por el tronco de un viejo e inmenso árbol un muchacho joven y andrajoso.

Los tres acudieron a él, y el muchacho se entregó diciendo:

—¡Soy inocente!

—Entonces ¿por qué te escondes?

—Porque el marqués quiere castigarme sin oír mis razones.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roberto.

—Yo vi descender por una cuerda, desde una ventana del palacio que habita el marqués de Tres Montes, un hombre. Quise detenerle, luchamos, y en seguida se me echaron encima unos guardias, creyendo que era yo el ladrón que acababa de robar una pulsera de la marquesa. Pude escaparme, y aquí estoy, recibiendo comida de mi madre.

En esto estaban, cuando apareció el guarda con dos policías.

—¡Aquí está, al fin! —gritó al ver al muchacho—. Deténganle ustedes.

—¿Usted está seguro —dijo el detective al guarda— de que este muchacho es culpable?

—Segurísimo. El señor marqués ha ordenado que le encierren.

—Bien está. Yo hablaré con el marqués.

—No se moleste. Es lo mismo.

Roberto Pettak llegó al palacio, y el marqués de Tres Montes le recibió friamente.

—Yo creo, señor detective, que sus servicios sobran.

—Sin embargo, escuche un instante. ¿Fué de esta ventana de la que se descolgó el ladrón?

—Sí —respondió secamente.

—Está bien. Buenas tardes.

Inmediatamente buscó al guarda, y le siguió un momento por la espalda. Luego se volvió a su ayudante y le dijo:

—Ya tengo al ladrón. Sospeché del guarda, porque tenía mucho miedo de que nosotros fuéramos a descubrir nada. Luego he visto la ventana por donde se descolgó. Tiene un cristal roto, por donde tuvo que arañarse la pierna del que saltara. Por eso he seguido a ese miserable, para que me enseñara el arañazo de su polaina.

—¿Y cómo sabemos ahora dónde tiene la joya? —preguntó Nando.

—Fácilmente. Tú vete al guarda y dile: «El ladrón tiene que tener la pierna o la polaina arañadas por el cristal. Si usted ve alguno así, deténgalo».

Así se lo dijo Nando. Entonces el hombre se miró, y como viera su arañazo, quiso escabullirse. Pero el detective le seguía de lejos, sin ser visto.

Al poco rato, Roberto Pettak se entraba por el escondite de rocas, y revólver en mano hacía que el guarda se entregara.

Un tiro al aire era la señal para que Nando Chaffo se acercase.

Allí mismo, donde el guarda quería esconder las polainas, estaba la pulsera de la marquesa.

—Ya lo sabía yo —dijo Roberto—. Esta gente es como las urracas. Solo tienen un sitio para esconder. Por eso te dije que le advirtieras lo de las polainas, para que las escondiera junto con la joya.

El muchacho que habían encerrado fué puesto en libertad, y el guarda quedó encerrado.

Y el marqués pidió perdón al gran detective, por su error.

¡¡HA TERMINADO!!

CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

TARJETA

R. Pedro Maria Canablit
Leon

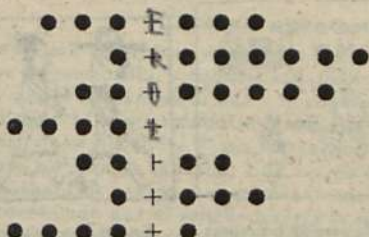
Combinense las letras de esta tarjeta de manera que pueda leerse el título de un periódico español. No ha de faltar ni sobrar ninguna letra.

88. P. Sección B.

JUAN SÁNCHEZ CAMPOS.
Quince años. Almería.

ACRÓSTICO

«Chapete quiere ser héroe de cuento».



En la línea de cruces se leerá el nombre del HÉROE y en las horizontales de puntos, diversos personajes del cuento.

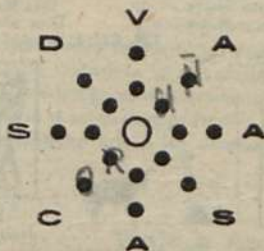
89. P. Sección A. Seis años. La Plata (R. Argentina).

PROBLEMA GEOMÉTRICO

Dibújese un cuadrilátero y divídase en ocho partes trazando sólo tres líneas que no sean quebradas ni mixtas.

90. P. Sección B.

FRANCISCO FONTANALS.
Doce años. Toro.



Substituir estos puntos por letras de modo que se lea: Un nombre de mujer, un apellido, y dos provincias españolas.

91. P. Sección B.

ENRIQUE RAMOS GUERRÓS.
Diez años. Málaga.

Indicaciones de las palabras cruzadas.

HORIZONTALES

2. El esposo de la mujer más salada.—4. Tiempo de un verbo que no debe practicarse en la mesa.—7. Poder.—11. Calidad de aceitoso.—16. Sin pensar, meditar ni reflexionar.—20. Peso común, usado en Filipinas.—21. Conjunción latina.—22. Abreviatura de Altezas.—23. Moverse de un sitio a otro.—24. Pronombre.—25. Juguetes.—26. Tiempo del verbo pasar navegando más allá de un buque.—29. Catedral.—31. Cariñosas del novio a la novia y a la viceversa, como decía cierto albañil.—33. Perteneciente al sol y a algunos favorecidos por la fortuna.—35. Parte de lana que con el uso sueltan los vestidos.—36. Lo que desean los enfermos.—38. Terminan.—39. Aldea de Lugo y tiempo de verbo.—41. Preposición.—42. Quiera.—43. El amigo del hombre.—44. Nombre de la e larga griega.—45. Guardar con cuidado una cosa.—46. Precipitados.—58. Requeridos.

VERTICALES

1. Maestro.—2. Gastadas por el roce.—3. Personaje de Zorrilla.—4. Asamblea de frailes.—5. Lo que suelen hacer las cocineras, Dios las perdone.—6. Insectos coleópteros de la familia de rambicidos, tribu cirtinos. Más claro, agua.—7. Entregas.—8. Imperativo.—9. Colonia en África que, en nombre de la justicia y de la libertad, perdieron los alemanes.—10. Introduce.—11. Provenzal.—12. Nada le falta.—13. Mujer filisteo, aficionada a la peluquería indudablemente.—14. Preposición.—15. Interjección.—16. Conceder.—17. Para hacer velas.—18. Y no te ahogará.—19. Diosa de la Aurora en la mitología griega.—27. Contracción.—28. Hierba purgante.—30. Tiempo de verbo.—31. En el año.—32. Moneda de cobre romana.—34. Lugar en Pontevedra.—35. Letra.—37.—Muchachos.—38. Lo que se hace a los barcos.—40. Hortaliza muy rica en ensalada.—47. Tiempo de verbo.—48. Bajo.—49. Contracción.—50. Letra griega.—51. Lemosín.—52. Otorugué.—53. Conjunción antigua.—54. Personificación del sol en la mitología egipcia.—55. Preposición inseparable.—56. Nota musical.—57. Pronombre.

92. P. Sección B.

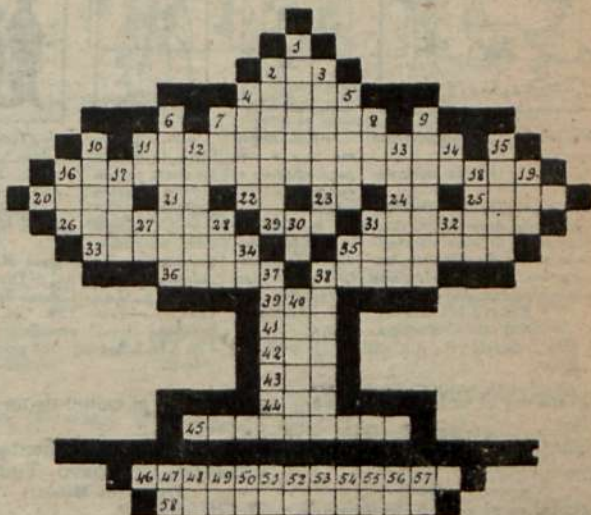
PEDRO DE IRIZAR.
Diez y siete años.—Burgos.

¿Cuántos errores hay en este dibujo?



Un dibujante, que indudablemente se ha vuelto loco, nos ha mandado este dibujo lleno de errores.

Uno muy gordo, y que en seguida salta a la vista, es el de ese soldadito que va fumando en la fila. ¿Habéis visto alguna vez que un soldado o jefe vaya fumando en filas? Pues hay más, muchos más. ¿Seréis vosotros capaces de encontrarlos? (Fuera de concurso).



Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO.

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

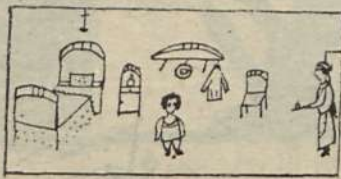
CHISTES ILUSTRADOS



Pirula.—El profesor me ha dicho que tengo en la garganta mucho dinero...
Pinocho.—Pues ahora mismo te voy a dar una purga.
Para mi amigueta Mercedes Rey.

PILAR GILLIS.
Trece años.

112. CH. I. Sección B.



—Totó, ¿dónde vas así, a coger una pulmonía?
—No, a coger el camión.

ROMÁN BARÓ.
Once años.

113. CH. I. Sección B.



Pirula, date prisa que se [cansa la espalda, y si viene el tío Canuto, [nos quitará las pericas.
PILAR TEGEL.

Once años. Zaragoza.

114. CH. I. Sección B.



—Nos vamos a las perdices a pasar ratos felices.
—Me voy con Don Turulato para pasar un buen rato.

TOMÁS G. RUIZ.
Ocho años.

115. CH. I. Sección A.



—¿Te gusta la playa?
—¡No! Me gustan más las natillas.

MAXIMINO GARCÍA.
Doce años.

116. CH. I. Sección B.



—Mira qué fuerza tiene ése: lleva Avila en la mano.

TOMÁS G. LARA.
Ocho años.

117. CH. I. Sección A.



—¡Jesús!, del susto voy a perder el color.

MERCEDES REY.
Trece años.

118. CH. I. Sección B.



—¿En qué se parecen los pianos a las personas?
—No lo sabemos.
—Pues no queráis saberlo.

ELENA MATA.
Diez años. Madrid.

119. CH. I. Sección B.



Pinocho, muñeco [profundo, ve por vez primera [el mundo.

NICOLÁS Y. ANTONIO.—Doce años.

120. CH. I. Sn. B.



Me parecen tus rejicas unas parrillas en pie; quien se deje asar en ellas buen besugo tié que sé.

JOSEFINA HERNÁNDEZ.
Once años. Madrid.

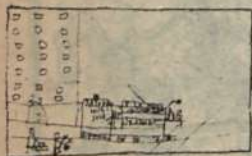
121. CH. I. Sección B.



Este es Simplicio Gorila, que se casó anteaer, y esta es doña Peironila, su distinguida mujer.

DANIELÍN MORENO.
Ocho años. Santander.

121. CH. I. Sección A.



La señora (desde la acera).—Adiós, que nos vamos a Oviedo.
El amigo (en el tranvía).—Yo a Santo Domingo. Adiós.

ROSARIO FERNÁNDEZ.
Diez años. Madrid.

123. CH. I. Sección B.



—¡Cáspita! Vino de valde y seda de comer.

ALBERTO MAGUA.
Doce años. Navalperal.

124. CH. I. Sección B.



—¿Quiere usted cerrar la puerta? Hace mucho frío.

RICARDO ALONSO.
Nueve años. San Sebastián.

125. CH. I. Sección A.



—No se acerque que le morderá. Como no le conoce.
—Pues dígame que soy el tío Tiburcio.

MANUEL ESPINOSA.
Catorce años. Toledo.

126. CH. I. Sección B.



Al ver Manolín que había perdido diez centimos, rompe a llorar.

MANUEL NIETO MOLINA.—Nueve años.

127. CH. I. Sección A.



Inesita se levanta a las ocho para pedir a la Virgen le toque la colección de Pinocho y Chapete.

INÉS MADRIGAL.
Diez años. Baeza.

128. CH. I. Sección B.



—¿De dónde vienes?
—Del Teatro Real.
—¿Qué tal es Thais?
—Bien, ¿y tú?

GASPAR ALONSO.
Once años. Madrid.

129. CH. I. Sección B.



—¿En qué se parece un hombre a una mujer?
—En nada.

CONSUELO ALONSO.
Doce años.

130. CH. I. Sección B.



—¿Está la señora?
—No; ha salido.
Pues cuando venga le da usted recuerdos y le aconseja que cuando salga no se deje los pies en casa.

TOMÁS INARRA.
Nueve años. Sevilla.

131. CH. I. Sn. A.



—¿En qué se parece un volcán a una criada?
—En que echa lumbre y lava.

JOSÉ AMADO.
Doce años.

132. CH. I. Sn. B.



Por zopenco y por melón, ¡y por ponerse pesado, ¡el Chapete que aquí veis un puntapié se ha ganado.

MONSERRAT CAMARASA.—Doce años. Lérida.

133. CH. I. Sn. B.



¡Oh, qué tranquilo se está en el campo!

CARLOS M. LACABA.
Once años.

134. CH. I. Sn. B.



—He oído decir que el señor alcalde de de Tokio es tan bueno que parece de paja.

—No lo crea usted. Si de paja fuera ya se lo habían comido los concejales.

JOSÉ CARÓN.
Trece años.

135. CH. I. Sección B.



Maestra.—¿Qué oficio tiene su padre?
Alumna.—Oficios domésticos.

Maestra.—¿Qué entiende usted por oficio doméstico?

Alumna.—Oficios domésticos son la cría de animales, como el perro, la gallina, etc., que son animales domésticos.

RÉGULO MARTÍNEZ.
Diez años. Panamá.

136. CH. I. Sección B.



—¿Qué negro me voy a ver para estar en el cuartel a las nueve!

JOSÉ M. MORENO.—Catorce años. San Fernando.

137. CH. I. Sección C.



—A ti, por lo visto, te entran las cosas por un oído y te salen por otro.

—¿Y para qué, entonces, tenemos dos oídos?

JESÚS GALLARDO.—Trece años.

138. CH. I. Sección B.



—¿Tienes ahí un duro?

—No, hombre.

—¿Y en casa? Todos bien; gracias.

JOSÉ BALMASEDA.—Diez años. Cabeza del Buey.

139. CH. I. Sección B.

¿Cuál es el colmo de la avaricia?
Guardar los cuartos de la ropa.

¿Cuál es el colmo de un multimillonario?
Dar sus millones por un ducado (moneda antigua).

VILA. CABEIRO.
Once años. Doce años.

22. CH. Sn. B.

¿Cuál es el colmo de un lampista?
Dar la lata a sus clientes.

GERARDO CONFORTO THOMÁS.
Trece años. Mahón.

23. CH. Sección B.

El colmo de un peletero.
Trabajar con pieles-rojas.

LUIS FERNÁNDEZ.
Doce años. Madrid.

24. CH. Sección B.

Pirula.

He oído hace tiempo decir muy quedamente que es Pirula —muñeca princesita encantada; que envidiando el cariño que a las niñas tenía, la transformó en muñeca una bruja malvada.

Mas no pudo el encanto desterrar de su alma la piedad, la dulzura, la inocencia y candor, y a pesar que es muñeca, y a pesar que no vive, conserva, hacia los niños, su purísimo amor.

Ya no tiene un palacio, ni un jardín, ni una flor, ni pajes, ni criados, ni perlas, ni corona; ya no viste de seda, ya no tiene grandezas.

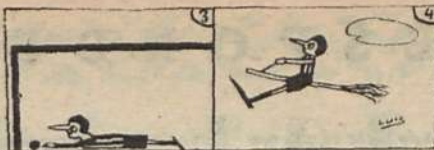
Las hadas que la quieren, se embargan de dolor; pero ella nunca llora, nunca siente tristeza, sino cuando algún niño se olvida de su amor.

MERCEDES REY.
Trece años. Biarritz.

47. C. Sección B.



Pinocho juega al balón, con muchísima emoción.



Gana por 70 a cero cuando juega de portero.

Para parar el balón inicia un gran 'plongeon'.

Y acabando con un mocho, proclama rey a Pinocho.



Era Filomena en el colegio la peor alumna.

Y un día el profesor quiso que ésta hiciera una cuenta.

Mrs no quedó convencido de lo torpe que era Filomena, pues ésta le demostró una verdad.

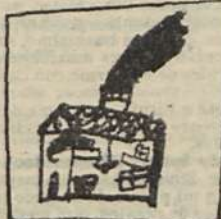
LUIS SERNA.—Doce años. Albacete.—H. Sección B.

JOSEFA DE CHAVARRI.—Doce años.—H. Sección B.



El barco, según mi mamá, donde yo vine de la Habana, y para que no lo pueda olvidar me lo ha colgado de la cama.

PACO LÓPEZ.—Cinco años. Badajoz.—H. Sección A.



La casa del majuelo que guarda la heredad, regalo de mi abuelo para mi mayor edad.



Juanito Pandereta vuela su cometa.

El hombre se desespera porque su cometa se le enreda.

FERNANDO MATA.—Siete años. Madrid. H. Sección A.



A Don Turulato le cambian el burro por un perro ¡imaginad su sorpresa!

JUANITA GÓMEZ.—Trece años.—H. Sección B.

Castigo aprovechado.

Pepín era un niño muy malo; un día se comió cerca de un kilo de carne de membrillo, y cometía mil diabluras, a cual mayor; su mamá le decía: «Vendrán las brujas y te cogerán»; él se reía y decía: «No hay brujas». Un día mandó su mamá a la muchacha al monte a coger fresas, y con ella se fué Pepín, encargándole la señora a la criada no soltase a Pepín de la mano. Una vez en el bosque, el niño dijo a su muchacha: ¿«A ver quien coge más fresas?» La muchacha no recordó la observación que al salir le hiciera la señora y accedió a los deseos de Pepín, el cual, viendo una mariposa muy bonita, corrió en pos de ella para cogerla; pero la mariposa volaba y Pepín corría sin alcanzarla; al fin, pensó que sería inútil tanto correr, y quiso tornar donde estaba su muchacha; pero tanto había corrido que no sabía volver, y medio muerto de miedo tomó el camino que mejor le pareció; y andando, andando llegó a una casita de muy pobre aspecto, en la que había muchos cuadritos en las paredes; iba ya a entrar, cuando le salió al encuentro una viejecita de unos setenta años, muy arrugada, y que con tono al parecer amable le dijo: ¿«Qué quieres, pequeñito?» «Señora respondió Pepín—, soy un niño que me he perdido»; y la vieja —que no era sino una mala bruja— exclamó: «Otro pajarito que se ha escapado», y se fué a buscar su varita para convertirlo en cuadro y colgarlo después. Apenas hubo desaparecido la vieja, cuando un pajarito entró por una ventana y dijo a Pepín: «Cuando venga la vieja, le dices:

Vieja malona, de cara feona, no me encantarás, y en árbol te convertirás.»

Poco después vino la vieja, y Pepín repitió lo que el pajarito le dijera, e inmediatamente se derrumbó la casa, y en medio brotó un árbol, y los cuadritos se convirtieron en otros niños y niñas.

Pepín volvió a su casa y prometió no ser malo; pero felicitábase por haber desencantado a los demás niños.

RAFAEL SERRANO Y PAVÍA. Trece años. León.

48. C. Sección B.

Viaje a América.

Pues, señor, eráanse dos hermanitos, de doce y quince años, respectivamente. La mayor era niña, y se llamaba Terces, y el niño se llamaba Cante (no os extrañen estos nombres, pues el caso sucede en Rusia).

Los dos hermanitos decidieron marcharse a América con otro chico de mayor edad llamado Rodolfo, el cual les prometió que estarían muy bien con él. Los niños se prepararon de maletas, maletín, ropas, en fin, de todo lo que ellos comprendieron que no les haría estorbo.

Estos niños, como eran de casa rica, tenían un criado que les era muy fiel, y le vistieron de mecánico; el hombre hizo lo que sus pequeños amitos le mandaron.

Tomó un carrito de mano disfrazado de mecánico, como he dicho, y por la ventana del pozo les echó a sus amitos todos los paquetes que éstos le habían encargado.

Llegó la esperada hora de marcharse, y a nuestros niños les faltó el suficiente valor que habían de tener para abandonar su casa, y entonces pensaron en las fatigas y los trabajos que habían de pasar, y decidieron devolver los encargos a sus tiendas y quedarse al lado de sus queridos papás.

Entonces el viejo José (que así se llamaba el criado), tuvo que usar de nuevo el traje de mecánico con lentes de color y gorra torcida, y devolver los encargos a sus respectivos establecimientos.

Rodolfo continuó su viaje, y como tan íntimo era de los niños, les escribía todos los meses, lo mismo que ellos a él.

Y así quedaron los niños con sus padres, y vivieron felices con tres palmos de narices.

RAFAELITO ALCARAZ GARCÍA. Trece años. Valencia.

49. C. Sección B.

Cuento.

Una vez ciertos reyes tuvieron dos hijos mellizos y al bautizarlos les pusieron Carlitos y Pepe. Cuando crecieron, al darles el reino, dijo el rey:

—Al que me traiga el mejor diamante del mundo, le doy mi reino.

Pepe fué a dar con un enano en el fondo de un estanque, el cual le dio un diamante.

Carlitos tiró al aire una pluma, y cuál sería su sorpresa cuando vió en el suelo una puerta, la abrió y unas palomas le empezaron a cantar:

Si quieres tú ganar el brillante mejor del lugar, abre esa puerta y lo encontrarás.

Cuando fué delante de su padre y se lo enseñó, le dijo:

—Tuyo es mi reino.

Y su hermano fué un rey lo mismo que él. Hubo fiestas y todos fueron, y las palomitas cantaban que era una maravilla, y así terminó su reinado.

M.^a TERESA POSADA.

Diez años. Madrid.

50. C. Sección A.



Pinocho, cuando fué a la India a la China por y en Madrid encontró a Piru-do pensó hacer su por Currinche, Don Turulato la, muñeca deliciosa. Revista,

MAGDALENA SOFÍA CANTILLO.—Once años. Sevilla.—H. Sección B.



Antonio es el primero en llegar a la meta.



Y no cabe en sí de alegría.



Pero Patsplin, envidioso, quiere ponerle en ridículo.



Y piensa tirarle dos huevos para el momento que lo retreten.



Pero un jugador de tennis, para los huevos con su raqueta.



Y sale burlado el burlador.

JUAN CUBAS.—Trece años. Las Palmas. H. Sección B.

¿En qué se parece un patinador a un bizcocho que yo me coma?

En que pa-ti-na.

ALEJANDRO BLOND

Nueve años. Madrid.

25. CH. Sección A.

¿Cuál es la mayor desgracia de un cómico?

Quedarse muerto en el acto.

MARÍA CRISTINA MOLINA.

Doce años. Vitoria.

26. CH. Sección B.

CORRESPONDENCIA

Antonio Maciá Serrano. (Elche, Alicante).—Tu *Dama de Elche* es una maravilla, un primor. Si a la auténtica *Dama* la pasaron al Museo del Louvre, hace ya un poquito de tiempo, por la exigua cantidad de 4.000 francos, justo es considerar que tu dibujo, por su perfección, como buena reproducción que es de aquella *Dama*, valdrá, cuando menos, 2.000 francos. Sí, señor; tu dibujo vale, y por esto mismo me apresurará a publicarlo en las páginas de mi Revista, para que los Pinochistas conozcan a la *Dama de Elche*, señora ibérica, respetabilísima en la historia, visible en el Museo del Louvre—y, dentro de poco, en PINOCHO—. Pero así como has estado acertado con la *Dama*, estuviste desafortunado en el «problema»; y así como aquella verá la publicidad, éste, en cambio, quedará condenado a oscuridad perpetua.

Redón Lebián. (Teruel).—En la correspondencia del núm. 30 de PINOCHO, dirijo al Pinochista Alfredo Giménez unas palabras—doce nada más—, que me gustaría transcribir aquí. No tengo tiempo para ello, por lo que vengo a rogarte repases el referido número. En el contesto a tus trabajos...

Antonia Placeres Gómez. (Barcelona).—Mi mejor amiga: Estoy deseoso de recibir esos trabajos que me prometes. Quiero saber hasta dónde llegas con tu talento, en dibujo y literatura. Aunque tu carta da una idea aproximada de lo que podrías hacer, con la ayuda de tu ingenio, con la pluma, quiero ver por mis propios ojos tus propias obras para admirarlas y publicarlas.

Eugenio Montes Solalinde. (Valencia).—El cuento es larguísimo, interminable. Por si ello fuera poco—que ya es mucho, diez cuartillas a máquina—, te olvidas del cupón de concurso, elemento indispensable a toda colaboración pinochista.

Antonio Ansaldo Barrientos. (Sevilla).—Este chiste no está bien, Antonio. No es de mi agrado, no es del agrado de Pirula, no gusta ni gustará a nadie. No está bien, vamos.

Alfredo Saforcada Martín. (Oviedo).—Publicaré dos dibujos: los mejores. Los demás, como vienen sin cupón, quedarán en la sombra.

Julio Jacinto. (Madrid).—Cansado de buscar tu dirección vengo a rogarte me la remitas para que ¡al fin! pueda llegar a tus manos una carta que tengo aquí para ti desde hace mucho tiempo.

Margarita Puentes. (Sevilla).—Mi queridísima Margarita: Acabo de recibir tu carta. Acabo de ordenar te remitan la revista que me pides. Por ello juzgaré de mi rapidez, y, sobre todo, del particularísimo interés que como por tus cosas. En cuanto al asunto de la colaboración, remítame todo lo que quieras—siempre con el cupón correspondiente—, pues gozaré mucho publicando en PINOCHO tus bellos e interesantes trabajos. Tu carta fue leída por mí inseparable Pirula y abrió ésta desmesuradamente sus ojos a la lectura de tus líneas, prueba segura de la fuerte y placentera emoción que la produjeron aquellas. Escribeme, remítame trabajos y da mis afectuosos recuerdos a la Giralda, cuya figura me fué muy simpática desde el primer momento que tuve el honor de conocerla. Para ti, Margarita, un fuerte abrazo de Pirula y otro mío, mucho más fuerte aún.

¡Ah! Me olvidaba: ¡Saludos de D. Turulato y Currinche!

Luis Vega. (Oviedo).—Repórtese D. Luis, que todo tiene su explicación, o, lo que es lo mismo, su justificación, su disculpa. Si tus trabajos no salieron en estas páginas, piensa, como seguro, uno de estas dos cosas: o se perdieron en el camino o llegaron sin cupón. Sea lo que fuere, no es mía la culpa, Luis. Para que así lo tengas en cuenta, verás cómo esta jirafa que me envías hoy sale en PINOCHO, trotando a su gusto, como jirafa que es, y verás cómo te publico todo cuanto me envíes, siempre que tus trabajos estén de acuerdo con las condiciones de los concursos.

Aunque tú no lo creas (y esto contesta a la última parte de tu carta), el suscriptor tiene una gran preferencia, precisamente en el terreno de la colaboración. Con un solo cupón el suscriptor puede remitir un trabajo a cada concurso, ventaja de que no goza el simple lector de la revista, que ha de remitir con cada trabajo un cupón. En fin, desfrunce el ceño, mi querido amigo, y mándame cuanto colaboración puedas. Estaré a tu lado como estoy siempre, en todo momento, al lado de todos los Pinochistas.

Francisco Sancho Pérez. (Cáceres, Córdoba).—No puedo publicar tu problema, pues no llega a ser éste, aunque lo pretende, un problema de «palabras cruzadas». Es una figura donde has colocado, a capricho, unos cuadrillos, y nada más. Con el talento que tú tienes, estoy seguro que conseguirás mandarme trabajos insuperables. Así los espero para publicarlos.

Celestino Corcelles. (Málaga).—Mi antiguo amigo Celestino: No tengo que ponderar el efecto que me causan tus trabajos. Perfección tan extraordinaria solo se consigue cuando se tiene una mano como la tuya, segura, habilísima, magistral. Eres grande, Celestino, no me cabe duda; eres un pinochista auténtico, con todas las excelencias del verdadero pinochista. Tanto gustan tus trabajos por estos lugares, que decidí decorar con ellos algunos salones de mi palacio. Y creeme que resulta una decoración original, llamativa y comunicativa. Celestino Corcelles lee al pie de cada estampa, y todos los que vienen a visitarme, como no pueden por menos de fijarse en estas maravillas, preguntan curiosos: «¿De quién es esto?». A lo que yo contesto siempre, no sin cierto orgullo: «Es de un pinochista, de un verdadero pinochista».

María del Pilar Villán. (Valladolid).—Primeramente, mi enhorabuena por el premio, muy merecido por cierto, que ha correspondido a tu problema. Después... ¿qué voy a contestar a tu carta? Eso que me preguntas está... y no está permitido. Depende, desde luego, del pinochista. Pero yo no debo aconsejar en este caso. ¿Comprendes?

Alfonso Pérez Pérez. (Alcantarilla).—Dos palabras para decirte lo siguiente: Tu dibujo me ha gustado mucho y se publicará.

R. Lecuona. (Tenerife).—Tu carta no puede ser reproducida por venir manchada. Y aunque así no hubiera llegado a mis manos, tampoco sería publicable, pues la letra de máquina no se presta a reproducciones. Mándame otra clase de pasatiempos.

Miguel Muñoz Cuéllar. (Madrid).—Si todos los Pinochistas me enviaran un comentario con cada uno de sus dibujos—un comentario tan largo, por lo menos, como la mitad de tus versos—, sería imposible publicar con relativa rapidez, como hago ahora, la colaboración infantil. Este es el motivo, querido Miguel, por el cual me vi obligado a cercenar tu composición. No se trata, pues, como has pensado, de una deficiencia tuya—es decir, de tu obra—. Por otra parte, no pensé que estimaras en tanto tus versos, pues lo más estimable, a mi entender, de tus trabajos, era el dibujo, y éste salió, y en toda su integridad.

Jenaro Campos Álvarez.—Tu «pase» no pasa. Tiene colores, muy buenos colores. Hay que hacerlos con tinta—no los colores, los dibujos—. ¿Con venido?

Luis y Santiago Castellanos. (Madrid).—El cuento de Luis verá la luz del día en las páginas de PINOCHO. Pero el problema de Santiago, con ser tan bonito, no podrá salir. Pretende ser un pasatiempo de palabras cruzadas, pero no consigue sus deseos. Hay que hacerlos de otra forma, de otro modo...

Eugenio Cueto. (Sevilla).—Mi querido Eugenio: Me dices en tu carta que hay ahí un grupo muy nutrido, en tu colegio, de Pinochistas. Me felicito. Me dices, además, que semejante grupo ha sido constituido, en su mayoría, por ti mismo. Te felicito. Y me preguntas al pie de tu carta, como algo incidental y de poco interés, si puedes remitirme una novela de treinta y dos cuartillas. ¡Oh, amigo Eugenio! ¡Treinta y dos cuartillas! ¿No podrías darle a cada capítulo de esa novela, que debe ser, como tuya, interesantísima, no podrías darle a cada capítulo una unidad, hasta el punto de que cada

uno de aquellos constituyera un cuento? Por cada capítulo—que no pasaría, desde luego, de los límites fijados para esta clase de concursos—me enviarías un cupón, y así, lentamente, daríamos al público tu obra, sin violentar las leyes de la colaboración, que deben ser intangibles. Es ello cuanto puedo hacer por un Pinochista extraordinario.

Alfonsina Prieto Solalinde. (Buenos Aires).—Mi amiga: Ni media palabra más. Remítame cuantos trabajos quieras. Ya me conoces por mis aventuras, según afirmas, y siendo de esta forma, ya conoces mi corazón de madera, más tierno y afectuoso que si fuera de otra materia menos dura. Dispuesto a complacer a mis queridísimos Pinochistas, no escatimo esfuerzos ni sacrificios; y tratándose de América, duplico y centuplico aquellos sacrificios y esfuerzos. Lo que tú mandes, que será buenísimo, saldrá en mi Revista, y así engrosarás las filas de colaboradores americanos, ya tan nutridas como las de los europeos. No olvides de enviarme con cada uno de tus trabajos el cupón de concurso.

Di a leer tu carta a Pirula, quien me devuelve dos mil besos para ti, y... ya sabes: aquí me tienes dispuesto a servirte, es decir, dispuesto a publicarte todo lo que mandes.

Antonia Garrido Spiteri. (Montevideo).—Nada más grato para mí que esta confianza que me demuestras en tu carta. Ahora que, contra todo afecto, he de mantenerme en mi puesto de muñeco justiciero, y no puedo hacer lo que me pides. El sorteo de regalos, que tendrá lugar en la fecha indicada últimamente, se hará con absoluta equidad, lealtad y garantía. Mucho me ha hecho reír tu proposición, amiga Antonia, muchísimo. ¡Oh, si eso fuera posible! ¡Si yo hiciera eso! Dejaría, sin duda, de ser Pinocho, y perdería al punto la confianza que en mí tienen todos los Pinochistas.

Tus trabajos me entusiasmaron. Se publicarán conforme les llegue su turno.

Alejandro Gayen. (Biarritz).—Mi querido amigo: Poco tiempo te queda de estar ahí. ¿Cuánto lo siento! ¿Cuánto siento que mis Pinochistas no puedan eternizar su época de vacaciones! Pero todo es preciso, amigo Alejandro, todo, descansar y... trabajar. Te lamentas en tu carta de que has de volver a Madrid. No lo lamentes, querido amigo. En Madrid no se pasa tan mal como tú crees, y en Madrid, además, me tienes a mí, al pie de mi Revista, que es como decir al pie del cañón. De manera que ¡ánimo... y a regresar!

Publicaré tu cuento, que es magnífico.

Y. Caviano. (Ceuta).—He tomado nota de tu nombre. Ya estás en la sección del fútbol. En cuanto a colaboración, remítame cuanto quieras—siempre con su cupón correspondiente—, que yo sabré publicar tus trabajos.

Maria Rosa Martínez Elcarte. (Madrid).—Decididamente eres una niña modesta, de una modestia poco buenos que absurda. Escribes un cuento insuperable, admirable, y no te atreves, no sé por qué, a remitírmelo directamente, sino que empleas a Pirula como intercesora. Está bien. Claro que yo no reprocho tu modestia. Es condición del talento desconocer a veces la magnitud de sus propias obras, y la más admirable virtud está en ignorar nuestras propias virtudes. Pero... vamos al cuento. Este me ha gustado muchísimo, muchísimo. Lo publicaré en mi Revista, conforme le llegue su turno, y estoy seguro que recibirás por él infinitas felicitaciones.

Besos de Pirula—que ha sabido cumplir el encargo que la confiaste—, y tú recibe con ? las líneas mi admiración y mi enhorabuena. ¡Adiós!

Enrique V. Rocca. (Buenos Aires).—Entrañable amigo: Contesto tu carta inmediatamente, todo lo pronto que me es posible—tu comprenderás: la distancia, el tiempo que me ocupa la Revista, mis aventuras—, te contesto, repito, para comunicarte que tus dibujos, por demás excelentes, saldrán en las páginas de PINOCHO. Me alegra mucho tu decisión, esta de escribirme, y no tendré que decir otra vez, pues ya lo he repetido infinitas veces, que tus trabajos, como los de todos los americanos, me llenan de profunda alegría, no sólo por su admirable perfección, que ya es mucha, sino porque ellos vienen a demostrar que me tenéis presente, que os acordáis de mí.

Manuel Méndez Mein. (Buenos Aires).—¿Y qué voy a decirte, extraordinario Manolo? Tu simpática carta, tus manifestaciones de cariño y admiración me conmueven, consiguen emocionarme, me trastornan. ¿Tus trabajos? ¡Cómo no, mi amigo! Tus trabajos saldrán en mi Revista, pero que muy pronto, todo lo pronto que yo pueda, claro está.

Amparito y Virgilio Hernando. (Ceuta).—Mis buenos amiguitos: He recibido vuestros trabajos, que me han gustado mucho. Se publicarán, desde luego, en mi Revista. No creo que Virgilio deba estar disgustado conmigo. Si no putí qué su cuento, puede estar seguro de que no llegó a esta redacción.

Recibid el cariño de Pirula, y el mío, y un fuerte abrazo de Don Turulato.

Caistóbal Menéndez. (Gijón).—No es una solución lo que me expones en tu carta; hay muchas cosas que tú, por tu edad, desconoces, que impiden realizar tu proyecto. Seguiré pensando en ello, por ver si encuentro la solución; pero una solución que sea del agrado de los Pinochistas. En cuanto al sorteo de regalos, se efectuará en la fecha últimamente señalada. Y... nada más. Mándame cuantos trabajos quieras. Los dibujos que hoy me remites son estupendos; así, estupendos.

Antonio Garrido Mendoza. (Sevilla).—Despacio y... buena letra. Esto me permito decirte, y como a ti, a casi todos los Pinochistas. Es absurdo. Empleas la más sabia caligrafía para escribir el cuento, el chiste o el colmo, y, en cambio, cuando llegas al cupón y, lo que más terrible, a la firma, vueltas plumas cobran una velocidad inimaginable, inconcebible, y así sale un nombre que no es nada, cupones absurdos, firmas en las que no consigo nadie, por paleógrafo que sea, distinguir sus letras. Ello me conduce a errores lamentabilísimos, y en más de una ocasión, aun auxiliándome de Pirula, me he dado por vencido ante una firma jeroglífica, cuya rúbrica venía a confundir prodigiosamente el nombre y los apellidos. No, querido Antonio, cuando se firma de esta forma, no hay derecho a quejarse si algunas letras salen cambiadas. Es el fruto de vuestra escritura. Recomendando la máquina y, en su defecto, una caligrafía clara, sencilla, legible. Por lo menos, en el nombre, a la hora de firmar, querido Antonio.

Alejandro Pérez Duarte. (Coruña).—De muchísimas partes me llegan invitaciones: de España, de la Argentina, de Bélgica, del Perú, de todas partes. Y siempre, siempre me veo en la necesidad de aplazar mis viajes soñados. Tu invitación, querido Alejandro, me tienta, pero no me decide. No puedo. Mi obligación es servir a mis queridos Pinochistas en las páginas de PINOCHO firmemente, sin moverme de mi palacio. Mucho me alegraría asistir a esa fiesta, mucho te agradezco tu invitación; pero no puedo hacer otra cosa que manifestarte, con estas sinceras palabras, mi gratitud, mi profundo reconocimiento.

Pilar Sáenz Díez. (Vigo).—Como no me indicas tu domicilio, no he podido contestarte particularmente, como hubiera sido mi gusto. Descaba que indicases varias cosas. Primeramente: ¿En qué números publicamos tu nombre? Después: ¿Eres verdaderamente suscriptor? ¿Estás segura? Aquí tenemos una suscripción a nombre del Pinochista Angel Sáenz Díaz, al cual no remitimos los tres cuentos que le correspondieron porque no nos envió el boletín. Tú, la verdad, no figuras aquí como suscriptor. A todo esto desearía recibir una contestación clara, como tuya, para obrar en justicia. Escribeme.

Recibe un abrazo de mi parte, muy apretado, y otro de Pirula.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 34

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nuevos. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447.—Madrid.

¿SABEIS POR QUÉ?

¿Por qué los huevos de los pájaros son de diferentes colores?

Por más que buscamos el por qué de este hecho, no conseguimos hallarlo. ¿Qué influye, por de pronto, en la coloración de los huevos de los pájaros? ¿Es la alimentación? Si así fuera, variando la comida a mis gallinas, en un tiempo más o menos largo, conseguiríamos que aquellas pusieran huevos verdes, azules o amarillos. No es así. La coloración de los huevos de los pájaros, que depende, desde luego, de la sustancia química de que aquellos están formados, es algo natural en las aves, tan natural como la forma de su pico o el color de sus plumas.

En cambio, si difícil es hallar el «por qué» de este hecho, viene a ser sencillísimo encontrar el «para qué». Los huevos de las aves tienen colores que vienen a confundirse con las tonalidades del lugar donde se hallan. Así vemos que los huevos de la perdiz, por ejemplo, tienen un color castaño oscuro, muy confundible con el color de la tierra. Los huevos del avefría ofrecen una tonalidad idéntica a la de la arena en que la hembra los deposita, y llegan a poseer pintas negras, que simulan tenues sombras. En determinadas aves los huevos adoptan tales colores que llegan a confundirse con piedras y guijas. La golondrina de mar pone huevos que ofrecen este último aspecto. Ello nos da la evidencia de que el color de los huevos no es, como podría suponerse, una particularidad arbitraria, caprichosa y sin transcendencia. Viene a ser, pues, aquel color de los huevos una particularidad que contribuye a ocultarlos. La naturaleza ha dado a las aves un instinto especial, que obliga a estos animales a poner sus huevos en lugares ocultos, recogidos, huraños. Y por si ello fuera poco, la naturaleza ha dado a los huevos de estas aves, para ponerlos a salvo de la ferocidad de otros animales, una coloración muy parecida al terreno en que la hembra habrá de hacer su nido.

¿Por qué se elevan y caen luego las burbujas de jabón?

Todos sabemos por qué se eleva un globo: El aire caliente que los llena es más ligero que el aire que lo envuelve. Pues de la misma suerte la burbuja de jabón, tan conocida de los Pinochistas, sube rápidamente para deshacerse en el aire. Si una burbuja de jabón no se reventase tan pronto, veríamos cómo descendía tranquilamente hasta dar con el suelo.

Hemos dicho que una burbuja de jabón viene a ser como un globo, un globito pequeño, cuya envoltura, que no es de papel, sino de agua, es finísima, transparente y brillante. Cuando hacemos una burbuja de jabón le insuflamos aire de nuestros pulmones muy distinto por cierto, en cuanto a temperatura, al aire del ambiente. Aquel aire da a la burbuja una gran fuerza ascensional, que arrastra fácilmente el peso del agua de la envoltura.

Pero esa ascensión no puede durar mucho tiempo. El aire que insuflamos en el interior de la burbuja ha de enfriarse rápidamente, y al ponerse en temperatura, como ha de suceder, al nivel del ambiente, la burbuja dejará de ascender, quedará quieta un momento y comenzará inmediatamente su descenso, camino de la tierra.

No deja de ser curioso el hecho de que los primeros experimentos del aire, mucho antes de los globos, correspondieran a la burbuja de jabón.

Así aparece perfectamente reconstruida la vida y progresos de la burbuja. Comenzó por volar desde un balcón, como una palomita; continuó, una vez convertida en globo, por encima de las casas, y ahora ha venido a transformarse, por último, en aeroplano, aunque a decir verdad, el aeroplano, tanto por su forma como por su manera de funcionar, tiene muy escaso parentesco con el globo y la burbuja.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESES





Sección Pirula

PIRULA, MUEBLISTA

Mecedora.—¿Os acordáis de aquella butaca que os dibujé, y que era una jirafa?

Bueno; pues mi amiguito Toñín (ya sabéis a quién me refiero, ¿verdad? Toñín el del pelo rizado que parece un cardillo, el hermano de China y de Mumi... ¿Que quiénes son Mumi y China? Vamos, hombre, ¡qué pregunta! ¡Pues las hermanas de Toñín!) Toñín, digo, se hizo una butaca así en cuanto la vió (se la hizo un carpintero por encargo de sus papás; pero el resultado es el mismo). Y he aquí que el otro día, hallándose mohino porque, muy merecidamente, le castigaron sin postre, Toñín se acurrucó en su butaca, haciendo *el mito*, se echó hacia atrás y, ¡catapum!, volcó la silla.

¡Menudo coscorrón! ¡Pobre Toñín!

Aquello fué indudablemente un pequeño castigo por el mal humor, y, además, por la absurda y peligrosa costumbre de echar las sillas hacia atrás.

Por supuesto, mamá le ha ofrecido a Toñín ponerle una mecedora en su cuarto para que pueda echarse hacia atrás y hasta columpiarse a su antojo sin riesgo de caerse. Pero Toñín ha rechazado la oferta.

—¿Una mecedora fea y vulgar en mi cuarto Pirula? —exclama—. No, mamáita, que no pega ni con la butaca-jirafa, ni con la banqueta-clon, ni con todo lo demás, y me estropearía el conjunto.

Y es que Toñín tiene un cuarto graciosísimo, amueblado según mis indicaciones, y puede más su amor

propio *pirulista* que su afición a la comodidad del balanceo.

Y yo he querido corresponder a tan halagadores



sentimientos ideando una mecedora no menos original que todos los demás muebles que hasta ahora os he ido presentando.

Esta mecedora hará muy bien en el cuarto de Toñín y... en el vuestro, porque —esto no se lo digáis a Toñín— al idear y dibujar esta mecedora-cisne he pensado en todos vosotros..., como me sucede siempre.

PIRULA, BORDADORA



Pantalla.—Entre las cartitas de mis lectoras, recibí una hace poco que decía así:

«Querida Pirula: Ya he terminado el *store* de malla bordada en colores. Me gusta mucho porque está precioso; pero me da pena haberlo terminado, porque me divertía mucho haciéndolo.

Tu querida lectorcita, *Many*.»

Esto me ha parecido a mí que es una indirecta bastante... directa para que dibujase otra labor de malla bordada en colores no menos divertida de hacer que la primera.

Aquí os la presento, con la seguridad de que a todas os ha de agradar. Es una pantalla, cuyo bastidor no puede ser más sencillo, y, por lo tanto, lo encontraréis fácilmente, ya preparado, a poco precio.

Conviene ponerle en su parte superior una tapa de seda, que irá fruncida hacia el centro, alrededor de un anillo, por el que pasa el portalámparas. Esto evita que la luz se vaya hacia el techo.

Las figuras van bordadas con algodón *perlé* fino, a punto de tejido; el fondo, a punto de cruz.

Os aconsejo que hagáis primero esta pantalla chiquitina para vuestra casa de muñecas; luego quedaréis tan encantadas de su efecto, que querréis otra igual, más grande, para vuestro cuarto.

